

El Parlanchín

JAIME ROMAN COLLADO SARTO



Capítulo 1

Capitulo 34 "Rodante"

Por mucho que intentaba achicar aquella vía todo era imposible. En apenas unos minutos vi como el torrente de agua iba llenando todo lo que quedaba de aquella miserable barca. Sentí como el agua iba cubriéndome y poco a poco mis fuerzas me iban abandonando. Los crujidos de la madera ya de por sí endeble hacían prever un abrupto final para ambos. El frío se iba apoderando de mí y mis dientes empezaron a castañetear mientras sufría temblores y espasmos. Musite una oración aun a sabiendas que no había sido muy religioso, pero en este trance poco importaba ya. Lo mejor era hacer borrón y cuenta nueva con el Creador para que fuese lo más magnánimo posible con un pecador como yo. No sé como pero debajo del agua mis últimas plegarias no dejaban de ser unos latinajos más parecido a unos gorgojeos acuáticos que un arrepentimiento sincero. Mientras mi boca se llenaba de mar y salitre iba expulsando las últimas plegarias acompañadas de pequeñas burbujas. Pensé que nada podía ser peor. Viéndome como era zarandeado como si fuese un muñeco por las corrientes que me llevaban y me traían de un lado a otro. Agotándome. Si intentaba ir hacia la orilla seguramente sería despezado por las rocas y se me alejaba acabaría en mar abierto expuesto a cualquier bestia y exhausto. Pedí perdón por mis faltas, por mis pecados y a mi hermano por haberle fallado. Estaba en paz y seguramente pronto estaría a lado de mi padre juntos haciendo lo que más nos gustaba en el más allá por toda la eternidad. Me sentí caer hacia el fondo. La paz y la oscuridad me fueron tomando. La luz del día se volvía más difusa y lejana y mis signos vitales fueron ralentizándose. Tan solo abrí los ojos un momento mientras mis pulmones pedían aire y empecé a toser violentamente. No niego que el miedo hizo acelerar mi corazón y mi pecho ardía tanto que iba a explotar. Estaba a punto de perder toda la noción y abandonar mi mísera existencia cuando de repente apareció una mano y me metió un tubo por la boca. Nunca me había sabido el aire tan delicioso. Mi cuerpo lo tomaba con ansia como si fuese un dulce negado a un niño y luego devuelto. Ahora que ya estaba relativamente repuesto se impuso mi curiosidad. Miré a mi alrededor y vi a un joven delgado y musculado de ojos negros y pelo crespo como señalaba hacia el infinito y tomaba de nuevo el odre para oxigenarse. El blanco de sus ojos brillaba como el marfil y sus pupilas tenían el color y el brillo de dos gotas de miel. Eran unos ojos enormes e intensos. Al principio solo vi a otros hombres de diversa procedencia con un escueto taparrabos y un odre de carnero bajo su pecho, en forma de saco respirador como el de mi salvador. A su lado los peces nadaban tranquilos como si fuesen parte del paisaje. El tipo me apretó el hombro y volvió a señalar el mismo punto. He de decir que debía estar algo nervioso ya que me clavo sus largas uñas en mi carne fina y

delicada y podía haber gritado de dolor, pero no quería más líquido en mi interior. Entrecerré los ojos y vi algo que se movía en el horizonte arenoso. Algo que no era natural. Al principio me pareció un armatoste, feo grande y que estaba fuera de lugar. Seguramente se habría caído de otro barco. Era como una especie de gran carro de madera con una ruedas grandes y robustas. Encima llevaba como una gran campana cerrada de madera que se sustentaba sobre la plataforma rodada. No era muy veloz, pero se le veía robusto y resistente. Todo aquello era lo más extraños e insólito que había visto en mi vida. Si que sabía de historias de pescadores que contaban de increíbles relatos de moradores de la profundidad, pero siempre me había parecido un cuento de viejas y algo creado por alguien con la imaginación demasiado viva. Pero no, las crónicas se quedaban cortas. Mi nuevo compañero me conmino con gestos a que le acompañase. Y así hice porque estaba más que harto de respirar a ratos por el dichoso caño. Con mis últimas y gastadas fuerzas seguí al nadador que nunca mejor dicho se movía como pez en el agua mientras un servidor parecía una tortuga centenaria. Creo que hasta el artefacto acuático era más rápido que yo. Al acercarme pude apreciar su magnitud y su ingenio. Aquel gran barril no tenía una sola fisura. El hombre se metió por debajo del tonel y desapareció. Intrigado hice lo mismo y empecé a nada por debajo de la plataforma sin ver ninguna escalera, ni puerta. Tan anonadado estaba que no me di cuenta que un par de manos me cogían de los hombros y me izaron al interior. Estaba dentro de aquella pipa. Un hombre delante y otro detrás mediante unos pedales hacían ir hacia delante o hacia atrás aquel mamotreto. Naturalmente no podía girar su recorrido era muy reducido, pero era solo un apoyo para los hombres. En los laterales de los conductores había una bancada redonda de madera para transportar al resto del equipo o si querían para descansar. También vi que la comunicación entre el barril y la campana se hacía a través de -una manguera de cuero bien empapada en cera y aceite-. La campana estaba provista, además, de una pequeña válvula que permitía la salida del aire expirado cuando penetraba el fresco. El hombre oscuro hizo una despedida con su mano y se volvió a zambullir a las profundidades. Me parecía algo inimaginable que aquella puerta sirviese también de límite entre nosotros y el hostil océano. Los dos conductores me miraron con curiosidad y esperando algún tipo de explicación ante mi inesperada llegada. Ambos eran unos tipos de mediana edad uno de ellos llevaba una camisola de un color indeterminado por su suciedad. Un pañuelo rojo que rodeaba su cuello y un pantalón bastante ancho anudado con una cuerda de cuero.

-Bienvenido a Rodante. -dijo el conductor de la parte delantera. Este hombre debía de rondar los cincuenta años. Vestía unos pantalones azules arrugados y una camisa color gris que llevaba desabrochada hasta el vientre. Tenía el pelo revuelto y canoso, y la cara cubierta por la sombra de una barba mal afeitada; por su aspecto y color, más que pelo, parecía

que se hubiese restregado por las mejillas con un coral.

-Me llamo Santos, Herminio Santos y este es mi compañero Rodrigo Mainar. El otro asintió en silencio dándonos por saludados. Se trataba de un hombre muy anciano, con la piel negra y arrugada como un pedazo de cuero podrido. Unas hebras de pelo grisáceo brotaban de sus mejillas, en algo que parecía más una tela de araña que una barba en condiciones. Sus ojos, rodeados de arrugas, estaban velados por una capa blancuzca. Era una extraña pareja el hablador y el callado.

-De sus manos brotan artilugios como si fuese un mago. -Rodrigo era el aludido que siguió enmudecido, aunque en sus ojos un brillo de reconocimiento se pudo atisbar. -Esto pedales accionan unas poleas conectadas a unos engranajes y ruedas dentadas que amplifica la fuerza de la pedalada haciendo que no sea difícil avanzar bajo el agua.

-Yo soy Alejandro Navapetro. Gracias por salvarme.

- ¿Como has llegado aquí?

Les hice un breve resumen de todo lo acontecido mientras ellos me miraban entre la sorpresa y la duda. Mientras me miraban de reojo.

Me levante y toque las paredes de aquel mamotreto. Estaba perfectamente sellado sin que notase ningún tipo de tensión por las presiones marinas.

-Nadie sabe que estamos aquí y nadie debe saberlo. Para nosotros sería mas fácil devolverte de dónde has venido, pero no somos como ellos. - mientras señalaba con el dedo hacia arriba.

- ¿Pero que hacéis aquí abajo? ¿Aquí no hay nada? Solo una isla desierta.

-Te equivocas lo que pasa que solo miras a la superficie lo que tus ojos quieren ver. Por suerte los de arriba también piensan lo mismo. Hemos tardado años en sacar esto adelante. Somos buscadores de perlas. Las perlas son un símbolo de perfección, belleza, distinción y riqueza

-Entonces todo esto es para que nadie sepa que tesoro hay debajo del agua.

-Exacto. Bajo la isla hay una gran cueva subterránea donde esta nuestra base. Oculta y lejos de ojos indiscretos. Realmente llegar a la isla por mar es muy complicado, las mareas, arrecifes y corales han servido para

extender su mortal leyenda. Pero amigo debajo del agua es muy simple.

-No tenéis miedos de perderos.

-Oh, no. En caso de peligro una enorme cuerda tirara de nosotros hasta el refugio. Esto es como si sacásemos una bestia a pasear.

-Somo parte del sequito del Emperador Perla. Otro visionario. Gracias a esto ha creado un negocio prospero vendiendo estas joyas y así financiar su reino. Por desgracia de momento eres nuestro prisionero. Hasta que sepamos tus verdaderas intenciones. Espero que no seas un espía empezabas a caerme bien. Pero comprenderás que tu relato está a medio camino entre la locura y la falacia. Muchos estarían encantados de apoderarse de este oro blanco y algunos lo han intentado. Si te acercases a la isla verías en las costas algunos esqueletos blanqueándose al sol.

- ¿Fuiste vosotros?

-Si, algunos desventurados que creyeron que seríamos un plato fácil y se indigestaron. Ahora cuando ven a esos desgraciados o lo que queda de ellos la gente habla y evita este lugar.

Tan absorto estaba que no me di cuenta que los buscadores entraron a la vez y a una señal del hablador conductor me redujeron.

-Se me olvido decirte que era la hora de la vuelta. A nuestro emperador le encantara tu crónica. No siempre encuentra historia tan buena.

- ¿Y si no le gusta?

-Entonces será tu último capítulo.

Continuara...

Capitulo 33 "Cerca de la salvación"

El parlanchín pensó con amargura que habían llegado al final. Nadie podría pedir más de la resistencia humana. Aquello era el fin de su valeroso esfuerzo, de los deseos, amores y alegrías. Terminaría sus días en el mar, siendo pasto de los peces. Los infortunados restos de su cuerpo se hundirían en las profundidades y terminaría en el desolado fondo del mar. Con un último vestigio de humor, se dijo que a las honras fúnebres asistiría un impresionante número de mujeres apenadas, dignas, todas

ellas.

El pequeño bote estaba, literalmente, haciéndose pedazos. Con cada ola que lo golpeaba, la grieta del fondo se hacía un poco mayor. Las maderas le mantendrían en la superficie de las aguas, pero cuando el fondo se rompiera definitivamente y las distintas piezas de la embarcación se desparramarán, acabaría en el agua, aferrados a los restos del naufragio y expuestos al ataque de los omnipresentes tiburones.

Por el momento el mar estaba en calma, las olas se elevaban tan sólo un metro; pero si el tiempo empeoraba súbitamente y el mar se agitaba un poco, la muerte haría algo más que mirarlos a los ojos. La vieja de la guadaña le abrazaría con rapidez y sin más vacilaciones.

El hombre estaba inclinado sobre el timón de popa, escuchando el ya familiar sonido del agua entrando. Sus intensos ojos verdes, enrojecidos e hinchados, otearon el horizonte. El globo del sol matutino aparecía ya amarillo resplandeciente. Sin esperanza, su mirada buscó un promontorio de tierra que se alzase frente al despejado horizonte del mar que los rodeaba. Su búsqueda fue en vano: ni barcos, ni islas; salvo por unas cuantas nubes dispersas a unos kilómetros, el mundo que le rodeaba estaba tan desierto como las llanuras de la Luna. La balsa no era más que un minúsculo punto en el inmenso océano.

Habían pescado peces suficientes como para abrir un restaurante, por lo que el hambre no constituía problema. Sus reservas de agua, si lograba conservarlas, le duraría otros seis o siete días. Lo que estaba dejándolo exhausto era la fatiga y la falta de sueño, pues debía estar achicando agua constantemente para mantener el bote a flote. Cada hora que pasaba era un suplicio. Como no tenía cuencos ni botellas u otros tipos de vasijas, había estado sacando agua de la barca con las manos.

Al principio, trabajo en turnos de cuatro horas. Trabajó duro, combatiendo la rigidez que contrajo sus articulaciones y le produjo fuertes dolores musculares.

Pero la grieta se hizo mayor y el agua entró a raudales en la barca. El mar se abría paso cada vez más deprisa... Entendió que el fin estaba cerca y no existía la menor posibilidad de recibir auxilio, así que, poco a poco, fue perdiendo ánimos y tenacidad.

Con resignación, retornó a su actividad, trabajó incansablemente, devolviendo al mar litros de agua.

Sólo Dios sabía qué le movía para seguir adelante. Debía de tener la espalda y los brazos destrozados. Su férrea voluntad de aguantar

rebasaba con mucho los límites humanos. Era un hombre excepcionalmente fuerte, sabía que nunca aceptaría la derrota.

Entrecerró los ojos. Lentamente, se dio la vuelta y miró. Después de horas de contemplar el sol para calcular dónde se hallaban y de sufrir los efectos del reflejo de la luz solar en el agua, tenía los ojos tan fatigados que sólo podía mirar a lo lejos por unos segundos y cerrarlos de nuevo para descansar. Echó un breve vistazo por encima de la proa, pero sólo vio olas azules.

Una mezcla de esperanza y desesperación hizo que se incorporara sobre las rodillas agarrándose. En ese momento el bote coronó la cresta de una ola y, por un instante, contempló sin obstáculos el horizonte... No había ninguna isla con palmeras.

Por primera vez, él vio el pájaro que sobrevolaba el bote, con las alas extendidas, planeando a merced del suave viento. Hizo visera con las manos y miró el animal. Debía de medir un metro y tenía las plumas verdes con pintas pardas y la parte superior del pico curvada y puntiaguda; parecía un pariente bastante feo de la familia de los papagayos.

Era un kea, la misma clase de pájaro que condujo a otros antepasados a las islas. Según los marinos que surcan las aguas del sur, el kea señala la ruta hasta los puertos seguros.

Atento miraba los movimientos del kea. El pájaro planeaba como si estuviera descansando y no intentó aproximarse a la balsa. Luego, como si ya se hubiese recuperado, aleteó en dirección sur. Inmediatamente, miró para averiguar el rumbo del kea, al que no perdió de vista hasta que se convirtió en un punto en la distancia y al fin desapareció.

Los papagayos no son aves acuáticas como las gaviotas o los petreles, que se aventuran hasta alta mar. Pensó que tal vez el animal se hubiera perdido, pero no le pareció posible. Se trataba de un ave que gustaba de cerrar sus garras sobre algo sólido, y sin embargo no intentó posarse en la balsa. Eso significaba que no se encontraba fatigado de volar guiado por el instinto hacia algún desconocido lugar de apareamiento. Aquel pájaro sabía muy bien dónde estaba y hacia dónde se dirigía... Quizá, sólo quizá, se encontraba a mitad de camino entre dos islas. Estaba seguro de que el kea podía divisar algo que él, desde la dilapidada balsa, no podía ver.

Se desplazó hasta el principio de la balsa y, apoyándose en ella, se puso en pie, sujetándose bien con ambas manos para evitar ser lanzado por la borda. De nuevo entornó los párpados hinchados y miró hacia el sureste.

Ya estaba familiarizado con las formaciones nubosas que, situadas sobre el horizonte, producían la sensación de ser masas de tierra sobre el agua.

Demasiadas veces las caprichosas formas de las distantes nubes le habían hecho albergar esperanzas que luego habían resultado vanas.

Pero esa vez fue distinto. En el horizonte una solitaria nube permanecía inmóvil mientras otras se alejaban. Estaba ligeramente elevada sobre el mar y no parecía poseer una masa sólida. No se veía rastro de vegetación, porque la nube estaba formada por el vapor que se alzaba de la arena caldeada por el sol antes de condensarse en capas más altas de la atmósfera.

Sin embargo, contuvo su alegría y entusiasmo, ya que la isla se encontraba aún a cinco horas largas de distancia. No había la más mínima posibilidad de llegar a ella, no lo conseguiría, aunque tapase la brecha y permitiera que el mar no anegase el bote. Pero inmediatamente sus maltrechas ilusiones cobraron de nuevo fuerza, porque vio que no se trataba de la cima de un monte submarino surgido como consecuencia de miles de siglos de actividad volcánica y cuyos montes y valles estaban cubiertos por una exuberante vegetación. Aquélla era una roca baja y plana sobre la que crecían algunos árboles que, de algún modo, habían logrado sobrevivir a pesar del clima de esa zona situada al sur del trópico.

Los árboles, claramente visibles, se apiñaban en las pequeñas zonas de tierra que había en los intersticios de las rocas. Vio que la isla estaba mucho más próxima de lo que parecía a primera vista; se encontraba a unos ocho o nueve kilómetros de distancia. Las copas de los árboles parecían una tupida alfombra extendida sobre el horizonte.

Determinó la posición de la isla, que se hallaba en la dirección que había seguido el kea. Inmediatamente verificó las direcciones del viento y la deriva y calculó que las corrientes los conducirían hacia el extremo norte de la isla; así pues, debía corregir ligeramente su rumbo hacia el sureste. Hacia estribor.

La maltrecha balsa apuntaba su quilla hacia la pequeña isla situada a unos cuantos kilómetros de distancia. Al fin los dotes de navegante habían sido recompensadas.

Había olvidado la ofuscante fatiga y el paralizador agotamiento, se encontraba en un estado en que ya no eran el mismo, en una zona psicológica en que el esfuerzo y el sufrimiento carecían de significado. Daba igual que su cuerpo fuera a pagar luego una amarga factura de agónicos sufrimientos, lo importante era que su determinación y su negativa a aceptar la derrota los ayudase a salvar la distancia que separaba el bote de la orilla. Era consciente del dolor que torturaba sus hombros y su espalda, pero el malestar quedaba difuminado en su mente,

como si sus tormentos los estuvieran padeciendo otros.

El viento, impulsaba el bote en dirección al solitario promontorio del horizonte. Pero el inexorable mar no tenía intención de soltar su presa. La corriente lo arrastraba hacia dentro, tratando de enviarlo de vuelta a la inmensa desolación del océano abierto.

—Creo que me estoy desviando —pensó temeroso

Mirando hacia adelante y sin dejar de achicar agua con las manos, no quitaba ojo a la tierra cada vez más cercana. Al principio creyó que se trataba de una sola isla, pero cuando se halló a unos dos kilómetros comprobó que se trataba de dos. Un brazo de mar de unos doscientos metros de ancho las separaba. También advirtió que lo que parecía ser una corriente de mar discurría por entre la separación de ambas islas.

Por las ondas que hacía el viento sobre la superficie del agua y por la forma como impulsaba la espuma en el aire, supo que la brisa había cambiado y favorecía el curso que pretendía seguir, impulsando el bote en un ángulo más agudo a través de la hostil corriente. Aquello era una ventaja, pensó optimista, como también lo era el hecho de que en esas zonas meridionales el agua estuviera demasiado fría para permitir la formación de arrecifes de coral, pues, de existir, hubieran desgarrado y hecho pedazos el bote.

Mientras luchaban contra el agua que pretendía invadir el bote, percibió un rumor que se hizo más y más fuerte. Interpretó que ese peculiar sonido se debía a las olas rompiendo contra los riscos. Las olas, potenciales asesinas, arrastraban el bote hacia la catástrofe. La alegría del naufrago ante la perspectiva de estar a punto de poner pie en tierra firme se convirtió en temor de ser hecho pedazos por las aguas agitadas.

Los gallos y la luz del alba empezaron a desperezarme. Notaba pinchazos en mis piernas y brazos y a pesar del seco y duro jergón mi sueño había sido reparador. A pesar de los chinches que correteaban con total libertad por la sucia paja que rellenaba mi cama no podía sentirme mas cómodo. Aquello para mí era un lujo digno de un rey, después de dormir en el duro y frío suelo y teniendo como manta el cielo, los sonidos y aullidos de los animales salvajes que merodeaban cerca de mí.

-Venga, holgazán es hora de ganarse el pan.

Era Fernández con una pinta horrible y una terrible resaca. Seguramente nuestro misterioso mecenas le había dado buenos dineros para gastar en vinos y busconas. Me levante todavía algo acarajotado. Me llevo ante una tosca mesa donde otros muchachos comían como lebreles dando buena cuenta de un pan negro reseco y duro como un pedernal y un queso rancio. Me senté a la mesa mientras el resto de los comensales me ignoraban y seguían en su labor alimenticia. De repente se quedaron parados mirándome con los ojos bien abiertos y temerosos dejaron de comer. Yo tan ufano pensé que era debido a mi presencia y a la fechoría de la noche anterior. Cuando una mano enguantada se posó sobre mi hombro.

-Vaya, vaya. Aquí tenemos a nuestro héroe.

Intente disimular mi temblor.

-Pero come, come. No seas tan humilde. Los hombres como nosotros no debemos mantener las normas ante los inferiores.

Mientras comía miraba de reojo a "los inferiores" como convidados de piedra miraban sin pestañear a su señor.

Apuré todo lo que pude y lo que permitió mi dolorido estómago.

-Claro está que entre iguales necesito que me hagas un favor.

Me levanté de la silla como si quemase y me puse de pie enfrente de aquel hombre.

Entonces saco una daga tan rápido que apenas pude pestañear. La puso a la altura de mi cuello y sentí su cálido aliento en mi cara.

-Vete lejos, bien lejos de aquí. No quiero volver a verte. La próxima vez que te vea serás juzgado y condenado. Tu cuerpo expuesto en la plaza para que te escupan, se orine y te tiren frutas podridas. Y luego acabarás colgado para ser comida para los cuervos y lo que quede de ti tirado a los perros. Ahora que por desgracia mi buen amigo y compañero Dumas de Manqueda ha muerto.

Paro un momento de hablar me miro y respiro hondo. Puso rostro compungido y apenado como si aquello le afectase.

-Alguien debe relevarle en su puesto. Yo me sacrificaré y tomare su testigo

Con un movimiento teatral me miro y se puso su elegante sombrero. Fijo su mirada en mi con sus ojos glaciales y una voz cavernosa salió de su boca.

-Espero que cuando vuelva no estés en mi reino. Y ahora si me disculpas debo ir a un funeral.

Y acto seguido se giró y se marchó.

Apenas hubo desaparecido su sombra unos manos fuertes me cogieron y me vi volando cual avutarda. Acabando mi trayectoria al chocar contra un muro. Mi cuerpo era un amasijo retorcido y dolorido de carne y huesos. Mientras, no dejaba de ver estrellas en mi dolorida cabeza. Intente ponerme en pie, pero me mareaba y mis piernas flojeaban y no respondían. Una gota cayó sobre mí y mire al cielo. Un cielo negro y cubierto como mi alma se extendía sobre el lugar. Las gotas fueron haciéndose mas seguidos y al momento una incesante cortina de agua mojaba mi maltrecha persona. Huelga decir que sirvió para despejarme todo mi ser.

¿Y ahora que podía hacer? No podía pedir ayuda a Dumas. Si me descubrían sería el fin. Y disfrazarme sería peligroso. ¿Cómo conseguir informar a mi protegido del giro de los acontecimientos? No tenía un plan, no tenía un truco o treta. Debía esconderme y pensar.

El pequeño escorpión clavaría su aguijón en su momento. Ahora la lluvia sería mi consuelo y el hambre mi anhelo para forjar mi ansiada venganza.

Continuara...

Capitulo 32 "Naufrago"

Al despertar, pensé que estaba en el fondo de un insondable pozo o en las profundidades de una oscura caverna subterránea. Desesperadamente, intente encontrar a tientas la salida, pero fue como andar por un laberinto. Creía que me encontraba prisionero en una pesadilla, condenado a vagar eternamente en un dédalo de sombras y, de pronto, por un brevísimo instante, vi brillar una luz a lo lejos. Tendí la mano hacia ella y vi cómo se convertía en unas oscuras nubes diseminadas por el

cielo.

Aleluya, Lázaro regresó de entre los muertos. Aunque, por la tormenta que se avecina, lo hace justo a tiempo para morir otra vez.-dije como si alguien estuviese conmigo.

Al recuperar plenamente la conciencia deseó regresar de nuevo al sombrío laberinto. Me dolía todo el cuerpo, como si, de la cabeza a las rodillas, tuviera rotos todos los huesos. Intente incorporarme, pero no pude y lance un gruñido de dolor.

Quizás si me quedo quieto me dolerá menos.-pensé.

Será una vida breve. Me encuentro en el camino de un tifón. Al contemplar las oscuras nubes y los ígneos trazos de los rayos, seguidos por el rumor del trueno, me siento profundamente descorazonado. El margen entre la vida y la muerte tenía el grosor de un papel de fumar. El sol ya estaba oculto y el mar había adquirido un tono grisáceo; en pocos minutos el pequeño bote sería engullido por la tempestad.

Mientras registraba un pequeño compartimiento que había bajo un asiento. Encuentro una vieja tela sucia y arrugada y algunos clavos oxidados. Me tumbo en el suelo del bote. Me espera un viaje agitado. Echó un último vistazo a las amenazadoras olas que hacían cabecear el bote, produciendo la sensación de que el horizonte subía y bajaba. El aspecto del mar era terrible y bello a la vez. Los rayos cruzaban las nubes negras, mientras los truenos rugían, como el lejano redoblar de mil tambores. La tormenta no tuvo piedad. En menos de diez minutos la galerna me alcanzó con toda su fuerza, acompañada de una lluvia torrencial, un diluvio que ocultó el cielo y convirtió el mar en un hervidero de blanca espuma. Las gotas, impulsadas por un viento que aullaba como un millar de almas en pena, me golpeaba con fuerza.

Las crestas de las olas, coronadas de espuma, se alzaban tres metros por encima de mi. Rápidamente, crecen hasta alcanzar los siete metros, cayendo sobre el bote desde todas las direcciones. El viento aumenta su ululante fuerza y el mar redobla los azotes contra la frágil embarcación y su pasajero. El bote se agita y retorció al subir a las crestas de las olas y caer luego entre sus senos. No existían límites claros entre el aire y el agua, es imposible discernir cuándo estoy en la superficie y cuándo en las profundidades.

Milagrosamente el bote, evita que el mar embravecido lo vuelque y me arroje a las mortíferas aguas de las que hubiera sido imposible regresar. Las olas grises se abalanzaban sobre mi e inundan el interior del bote de borboteante espuma, empapándome hasta los huesos; pero, gracias a ello, el centro de gravedad de la balsa se hundía más y le confería una mayor estabilidad. Los traqueteos y las subidas y bajadas agitaban el agua del interior del bote. En cierto modo, el reducido tamaño del bote era una ventaja. A pesar de la violencia de la tempestad, el casco era fuerte y no se haría pedazos. Pasaron veinticuatro minutos que parecieron veinticuatro horas. Me costaba creer que la tormenta no hubiese terminado ya conmigo. No había palabras para describir la angustia que

estaba sufriendo.

Los incesantes aludes de agua inundaban el bote, y tosía y jadeaba hasta que el bote era impulsado de nuevo hacia arriba, hacia la cresta de la siguiente ola. No era necesario achicar, pues el peso del agua del interior ayudaba a evitar que volcara. Tan pronto me encontraba sujetándome con fuerza para evitar que la barca se levantara, como descendiendo vertiginosamente hasta el seno de la siguiente ola y esforzándome para no salir lanzado del bote. Mientras empujaba con los pies los costados del bote para conseguir una mejor sujeción. Si caía al agua, no habría posibilidad de rescate; nadie podría sobrevivir en medio de ese torturado mar. La lluvia torrencial reducía la visibilidad, y si caía, me perdería inmediatamente de vista.

Pensé que había dos clases de hombres: los que se dejaban vencer por el miedo al ver al diablo esperándolos y también los que se dejaban dominar por la desesperanza y consideraban que el diablo podía ser un alivio de las miserias terrenas. Yo ya no pertenecía a ninguna de esas dos clases. Podía mirar de frente al diablo y escupirle en la cara.

Haciendo caso omiso de los frenéticos azotes de las monstruosas olas, no esperaba el fin, ni que me consideraba indefenso ante las furias del mar. Contemplaba con extraña y remota mirada las masas de agua y espuma que se abatían sobre mi. Parecía como si me encontrara cómodamente arrellanado en mi hogar, pensando en otras cosas. Por graves y apuradas que fueran las circunstancias, el mar, era mi elemento. Como lo fue de mi difunto padre.

Las sombras cayeron y al fin pasaron. Fue una terrible, aparentemente inacabable noche. Estaba aterido de frío y empapado. El helor me cortaba las carnes como un millar de cuchillos. El amanecer alivió el martirio de oír y sentir las olas, pero no poder verlas. Cuando el sol asomó por entre las convulsas nubes, seguía milagrosamente con vida. Había ansiado el amanecer, pero cuando al fin llegó lo hizo teñido de un extraño color gris que iluminó el despiadado mar. Pese a la salvaje turbulencia, la atmósfera era sofocante y opresiva, una salina manta bajo la que se hacía casi imposible la respiración. El paso del tiempo carecía de toda relación. No era, ni con mucho, optimista. Sabía que mis energías estaban menguando. Los peores enemigos eran las invisibles amenazas de la hipotermia y la fatiga. Terminaría cediendo: o la violencia de la tempestad o su resistencia. La lucha había sido desesperada y el agotamiento me estaba envolviendo. Sin embargo, me resistía a darme por vencido. Me aferraba a la vida, haciendo pleno uso de toda su capacidad de aguante, soportando con tenacidad los embates de las olas, pero consciente de que mi última hora se aproximaba con rapidez.

Al anochecer el viento amainó y el mar se calmó. Aunque lo ignoraba, el tifón había cambiado su curso. La velocidad del viento descendió. La furia del mar se redujo, de forma que las olas alcanzaban una altura máxima de tres metros. El diluvio se había convertido en una llovizna que apenas era una tenue niebla que flotaba sobre las apaciguadas olas. En el cielo,

sin poder adivinar su procedencia, apareció una gaviota que sobrevoló el pequeño bote, gritando como si le sorprendiera verme aún a flote. Al cabo de una hora, desaparecieron las nubes y al viento apenas le quedó fuerza para impulsar una barca. Parecía como si la tormenta hubiese sido un mal sueño que, tras atacar por la noche, se hubiese disipado con la luz del sol. Sin embargo, en mi lucha con los elementos, sólo había ganado una batalla; de momento el mar embravecido y la fuerza cruel del viento no había conseguido arrastrarme a las profundidades marinas. Me parecía un milagro, un buen augurio. Si estuviera destinado a morir, no habría sobrevivido a esa tormenta. «Si sigo vivo, es por algo», pensé, lleno de esperanza. Tranquilizado por la calma que siguió a la tormenta y extenuado por el esfuerzo, caí en la apatía y en la indiferencia y no tarde en quedar profundamente dormido.

Como herencia de la tempestad, las aguas continuaron algo picadas hasta la mañana siguiente, cuando el mar quedó como una balsa de aceite. La niebla se había disipado y la visibilidad era buena, podía contemplar el horizonte desierto. Ahora el mar se disponía a lograr por el agotamiento lo que no había conseguido por medio de la violencia. Lentamente, fui despertando de mi sueño y me encontré con que el sol, que tanto había añorado, me quemaba ahora inclemente. La esperanza de que en esa desolada parte del mar, no transitada, apareciese de pronto un barco yendo hacia mi era remota, por no decir absurda.

Aunque gracias a un milagro había logrado sobrevivir al tifón, la sed y el hambre terminarían conmigo. Coloque la tela para que pudiera protegerme de los ardientes rayos del sol. La única comida que había en dos mil kilómetros a la redonda eran los peces. Si no lograba atrapar alguno, moriría de hambre. Con la aguja de la hebilla del cinturón, improvisé un anzuelo que luego ate a un trozo arrancado de mi raído pantalón. El cual había hecho tiras y sujetado con fuertes nudos. El problema era que no tenía cebo. En las inmediaciones no había gusanos, ni moscas, ni, desde luego, pedazos de queso. Hice visera con la mano para protegerme los ojos del sol y mire hacia el fondo del mar.

Ya se había reunido un séquito de curiosos bajo la sombra de la balsa. Bancos de peces similares a arenques, no mucho más grandes que el meñique, pasaban coleteando bajo el bote. Reconocí pámpanos, delfines, que no debían ser confundidos con las marsopas, y sus primos mayores, los dorados, con las altas frentes y las largas y policromas aletas coronando sus iridiscentes cuerpos. Un par de grandes caballas nadaban en círculo y atacaban ocasionalmente a algún pez menor. También había un pequeño tiburón, un pez martillo, uno de los más extraños habitantes del mar, cuya cabeza se expandía a lo ancho.

Con tranquilidad tome un clavo y me rebane un pedacito de carne de la parte trasera del muslo. Luego lo pinche en el improvisado anzuelo. Con suerte si conseguía capturar una pieza y con el compartimento que había desclavado y reservado el agua de la lluvia tendría una oportunidad. Me arrodille y sumergí lentamente el cebo humano en el agua. Las caballas nadaron alrededor, pero levante el cebo para desalentarlas. Algunos de los pequeños peces carroñeros se precipitaron para atrapar el apetitoso

aperitivo, pero no tardaron en abandonar la escena cuando el gran pez, advirtiendo la presencia de sangre, fue hacia el cebo. Mientras tiraba del sedal cada vez que el pez se aproximaba. Por suerte su ansia fue su perdición al quedar enganchado en el sedal. Tire con todas mis escasas fuerzas y lo introduje como un poseso dentro golpeándolo hasta que su cabeza quedo destrozada. Tome una clavo y lo abrí en canal. Comí su hígado y su vísceras para saciar el hambre. Después mas tranquilo decidí dosificar aquel nutriente. Recordé que había sal marina impregnada en la tela y me serviría para conservar aquella comida. Otra parte la reserve para preparar mas cebos. Corte la carne en tiras y luego las puse por por todo el bote. Con la noche llegó una extraña calma. La media luna rielaba sobre el mar, dibujando un plateado rastro que se perdía en el horizonte septentrional. Oí los graznidos de un pájaro que cruzaba el cielo estrellado, pero no logre divisar el animal. Después de sufrir el calor del sol, tuve que enfrentarme a las frías temperaturas, frecuentes en las latitudes meridionales. El rítmico golpeteo de las olas contra el bote hizo que me quedara adormilado. La siguiente cuestión que debía resolver era hasta dónde me había arrastrado la tormenta, algo casi imposible de calcular con un mínimo de precisión. Sin embargo estaba seguro de que la tormenta había soplado del noroeste. En cuarenta y ocho horas, podría haberme llevado a considerable distancia hacia el sureste, lejos de tierra firme. Por mi experiencia sabía que las corrientes y los vientos de esa parte del océano tenían una ligera desviación hacia el sureste. Por más que pensara y deseara sobrevivir, y pese a cuanta suerte pudieran tener, lo cierto era que mis posibilidades de volver a pisar tierra firme eran prácticamente nulas.

Cuatro días sin agua. El inclemente calor y la humedad constante me exprimía todo el sudor del cuerpo. El monótono golpear de las olas contra el bote estuvo a punto de enloquecerme hasta que al fin me acostumbre a el. El ingenio era la clave de la supervivencia. Los anales de los naufragios estaban llenos de historias de marinos que murieron de hambre a pesar de estar rodeados de peces, debido a que carecían de la pericia necesaria para atraparlos. Una vez dominado el arte de la pesca refine el sistema, sacaba peces con el virtuosismo de un pescador veterano. Con una red, habría llenado todo el bote en cuestión de horas. En los alrededores de la pequeña balsa, el mar parecía un acuario. Peces de todas clases escoltaban a los náufragos; los más pequeños y de vivos colores atraían a otros mayores, y éstos, a su vez, a los tiburones, que constituían una permanente molestia, pues embestían constantemente contra la balsa. Masticar pescado crudo era un viejo y eficaz sistema, descubierto por los náufragos y los primeros navegantes, que proporcionaba a sus desdichados cuerpos algo de humedad. Comían la carne secada al sol, . El pescado crudo, con su aceitoso sabor, no era exactamente una fiesta para el paladar, pero contribuía a disminuir las punzadas del hambre y la sed y me hacía sentir ahíto con sólo unos bocados.

Por el lado oeste habían aparecido negras nubes que avanzaban a gran velocidad. Al cabo de escasos minutos cayeron gruesas gotas aisladas sobre el bote que no tardaron en convertirse en una lluvia torrencial.

El agua seguía cayendo. Alze el rostro hacia las nubes con la boca abierta para beber y llenarme del precioso líquido. El viento azotaba el mar, y continué disfrutando del cegador diluvio. El agua no tardó en llenar el fondo del bote. El revitalizador chaparrón cesó tan inesperadamente como había comenzado. Apenas se desperdició una gota. El chaparrón y la ingestión de agua insufló nuevos ánimos en mi.

El único mal que no tenía remedio era para las llagas de las piernas y la espalda que tenía a causa de los roces continuos con la balsa debido al movimiento de las olas. Por la tarde comenzó a soplar un fuerte viento que agitó las aguas y me impulsó en dirección noreste, a merced de las caprichosas olas. Era como rodar cuesta abajo por una ladera cubierta de nieve metido en una gran tubería, sin el más mínimo dominio de la situación. El viento duró hasta las diez de la mañana del día siguiente. En cuanto las aguas se calmaron, los peces volvieron. Aparentemente furiosos por la interrupción, agitaron el mar y golpearon el bote. Los animales más voraces, los matones de la bancada, se dieron un festín con sus congéneres de menor tamaño. Durante casi una hora, mientras los peces representaban el sempiterno drama de la supervivencia, en el que los tiburones siempre salían triunfadores, las aguas que rodeaban la balsa se riñeron de rojo. Ya llevaba ocho días pilotando la pequeña balsa por el inmenso mar. La luna llena se alzó sobre el horizonte como una gran bola ambarina que, después de cruzar el cielo sobre ellos, disminuyó de tamaño y se tornó blanca. En ese momento vi, surgiendo de las tinieblas, la cresta de una gigantesca ola que se abalanzaba hacia mi. Sentí como si una mano helada me atenazase por la nuca y entonces, tras la primera ola, estallaron otras tres de idénticas dimensiones. La ola se dobló sobre el bote, inundándolo de agua y espuma y alcanzando de lleno el cuarto de estribor, mientras el lado izquierdo de la pequeña embarcación se elevó sobre el agua y el bote se volcó de lado, cayendo de costado en el seno del siguiente muro de agua, que se alzó hasta tocar las estrellas antes de caer sobre mi con la fuerza de un titán. La balsa se hundió bajo las negras aguas. A merced del furioso mar, lo único que podía hacer para seguir con vida era aferrarme fuertemente ; iba a volver a sufrir todo lo sucedido durante el anterior tifón. Si caía al mar, no podría llegar a la balsa, y la única duda era si moriría ahogado o serían pasto de los tiburones. Cuando el pequeño bote logró salir de nuevo a la superficie, recibió, en rápida sucesión, el violento impacto de otras dos olas gigantes que lo baquetearon en medio de una vorágine de aguas tumultuosas. Volví a verme sumergido, pero cuando salí a flote una vez más, encontré una mar calmado como una balsa de aceite. Las inmensas olas siguieron adelante, perdiéndose entre las sombras. Mire alrededor, sin ver nada preocupante, el bote, aparentemente, estaba intacto. No vi ningún daño que parezca irreparable. Bajo la brillante luz lunar. De nuevo observo el fondo de la

balsa y de pronto entendí que mis posibilidades de supervivencia se habían esfumado.

En el fondo del bote se había abierto una gran grieta por la que estaba entrando agua.

Salí de la casa blanco como si yo fuera el cadáver. Enmudecido y ensangrentado. Tenía la mirada vidriosa y en mi mano todavía permanecía como mudo testigo de mi hazaña, mi daga. Como atraído por un imán, me acerque febrilmente al coche del odioso instigador de esta conspiración. Algo dentro de mí gritaba para que huyese pero a la vez una fuerza me empujaba hacia aquel monstruo instigador. Cada metro que me acercaba sentía una voz que me alertaba. ¡Estas muerto, estas muerto!. Y aun así veía aquella sonrisa traicionera mas cerca. Ni siquiera podía culparle, ya que su nombre nunca había sido oído, ni nombrado. A pesar de todo reconocería su fétido aliento allá donde estuviese. Por muchos perfumes y aceites que tocasen su cuerpo aquel hedor no desaparecía. A veces pensaba como un hombre tan elegante y distinguido estaba tan podrido por dentro.

Quedamos frente a frente intentado evitar su ponzoñosa boca.

Me miro sin ningún tipo de sentimiento y una sonrisa helada y terrible me dio la bienvenida.

-Veamos si ya eres todo un hombre.

Chasqueo los dedos y Crutcher y Fernandez parecieron salir de la nada.

La sonrisa desapareció de su rostro mientras hablaba a ambos.

-Aseguraros que todo esta en orden. Hay que ver si nuestro hombrecito sabe cumplir las ordenes.

Los dos secuaces partieron sin dilación a cumplir el deseo del conspirador.

Mientras me seguía observando de arriba a abajo calibrando las posibilidades de ver si había tenido los arrestos de hacer mi mandado.

Apenas transcurrieron unos minutos y los dos hombres aparecieron también afectados.

-¿Y bien?.-dijo sin inmutarse mientras se miraba un molesto pellejo que sobresalía de sus cuidadas uñas.

-Eso es un autentico caos....-dijo Cretcher.

El hombre lo miro con ira y cuando estaba a punto de abrir la boca para desencadenar la furia de los dioses Fernandez acabo la frase.

-Esta muerto, muerto. Pero esta todo lleno de sangre, aquello es una autentica carnicería.

El rostro del hombre de nuevo se relajó y me miro de forma paternal.

-Vaya tenemos un ganador. Pasa y sientate conmigo.

Rodee el coche y abrí la portezuela mientras mi acompañante golpeaba el mullido asiento de forma cariñosa para que me sentase a su lado.

-Lo has hecho muy bien, muy bien.-mientras decía esto arranco el molesto pellejo de su uña y lo escupió por la ventanilla. No se porque yo me sentía como aquel pellejo, cuando no hiciese falta seria eliminado sin la menor duda.

El coche inicio su marcha y el sonido se fue alejando de la habitación del crimen. Poco a poco un hombre fue moviendose hasta asegurarse que no corría peligro. Retiro la ensangrentada sabana y cacheo su cuerpo ileso, soltando un respiro de alivio. Miro debajo de la cama y empezó a arrastrar un bulto. Cuando quedo a la vista no pudo evitar soltar una lágrima. Su perro, su fiel perro aparecía cosido a cuchilladas. El pelo anteriormente brillante ahora estaba sucio y apelmazado por la sangre. Sabia que había sido un acto cruel pero no le quedaba otra opción sacrificar a su amado can para embadurnarse de su sangre para fingir su muerte. Esperaba que algún día su noble amigo le perdonase pero de lo que si estaba seguro que esta muerte no quedaría sin castigo. Ahora ya ponía cara a su enemigo y tenia un chivato entre sus filas. Era hora de preparar su siguiente plan. Preparar las exequias de si mismo. Dumas había muerto pero volveria de nuevo a caminar entre los vivos para saciar su sed de venganza.

Continuara...

Capitulo 31 "Jaque Gris"

La vida me ha golpeado una y otra vez. Zarandeado como a un muñeco de trapo. Pero no he dejado de luchar, me he levantado y he vuelto a caer. Pero no he cejado de levantarme y ofrecer cara mi derrota. Ese ha sido mi código de conducta. Fiel a ese lema he vivido quizás hasta hoy. La máxima de que todo puede ir a peor se ha hecho realidad y me ha escupido a la cara con su frió escupitajo. Hace una hora pensaba que estaba en la peor situación y ahora me doy cuenta que comparado con esto estaba en el paraíso. Me siento abrumado por las circunstancias y...

-Te recordaba mas alto.-dije al Cardenal Gris.

Su mirada glacial tras la mascara se poso sobre mi. Dandome a entender que èl tampoco disfrutaba con nuestro encuentro. Para èl hallarlo aquí era una contrariedad que debía ser subsanada.

-Y yo...

Entonces mi hermano en un movimiento veloz levanto su mano y cogió la cabeza del prelado y la estrello contra el palo del barco. No se si estaba mas sorprendido por la acción o por la pronta recuperación de mi allegado.

El sonido de un jarrón roto llego a nuestros oídos y una mascara quebrada apareció tras el impacto. El aturdido hombre me miro con cara de incredulidad y sorpresa para luego caer al suelo como un pelele.

-¿Que? Era la única forma de hacerlo callar.- mientras decía esto mi hermano se encogía de hombros y mostrando esa actitud de "yo no hecho nada".

Ahora las cosas se ponían mas feas, un sonido inquietante sonó a la vez. La guardia del desvanecido hombre echaron mano de sus aceros. Abandonaron las vainas mientras rasgaban el aire y apuntaban a nuestros cuellos. Otros hombres apurados arrastraban al infeliz y lo alejaban de nosotros y ponían una muralla de guardas. Nosotros nos mirábamos de hito en hito mientras seguimos con expectación el intento de recuperación. Tras unos momentos de tensión el cardenal pareció volver en si. Desorientado y en estado de shock fue ayudado por sus hombres de confianza. A duras penas se levantaba, ya que volvía a caer. Con gran celeridad un viejo ujier con un negro vestido usado y desgastado en varios sitios acudió con una jarra de agua y un vaso para aliviar al contusionado. Finalmente volvió en si y lo primero que hizo fue mirarme. Mirarme atentamente a los ojos. Y descubrí en los suyos por un instante un miedo, no a mi sino algo muy superior yo lo llamaría terror puro. Y entonces lo comprendí, lo comprendí todo. Sabía su secreto y el sabía que yo también lo sabía. Para corroborar mis sospechas una cadena de oro salio por encima de su pecho y apareció una llave con forma de seis. La misma llave que tenia mi difunto padre con el numero ocho. Ahora sabía porque mi padre era una autentica amenaza y el testigo había pasado a mi. Mi vida no valía ya nada. Mi futuro estaba escrito y era corto. ¿Que podía hacer? Tan solo sabía que ya no volvería a pisar tierra firme. Al menos en vida.

-Despertad a esos haraganes. Es hora de acabar con esta pantomima. Movidos como por un resorte varios guardias fueron a donde estaban los corsarios junto a Tiburón y los fueron despertando con gritos, puñetazos, empujones y golpes. Entre gritos, bufidos y juramentos la caterva de pendencieros fue despertándose. Tiburón haciendo gala mando a dos guardas del cardenal al matasanos tras un breve encontronazo al despertarle y creerse que eramos nosotros.

El Cardenal Gris iracundo aparto a los hombres que le protegían y vino a encararse contra mi. Su cara estaba cambiada. Ahora irradiaba ese peligrosa energía que tienen los hombres poderosos cuando quieren venganza y sangre.

Me miro a través de su mascara rota donde se apreciaba una brecha sangrante.

-Hay cosas que cuando se rompen no se pueden volver a unir. Por ejemplo esta mascara.

Después se giro y se acerco a mi hermano que estaba reducido por varios sicarios.

-Creo que lo justo es que tengas el mismo pago que tu me has dado.

Mi hermano intento zafarse ante la solución salomónica que iba a dar el

cardenal.

-Tu hermano se vendrá con nosotros. Y sera llevado a una de las peores minas donde pasara hambre, calor y sed. Y rogara por su muerte. No lo veras mas.

-Ni lo sueñes, faldones.

-Y contigo seré benévolo. Tu fin sera inminente. Va a ser abandonado en medio del océano sin agua, sin comida, ni remos. Sin nada. Quizás tengas una oportunidad con ese viejo y podrido bote.

Mientras decía esto señalo una paupérrima barca en estado lamentable.

-Aquí no viajan barcos. Todos tienen miedo a estos amigos y otros parecidos.

Los aludidos nos miraron y nos regalaron unas sonrisas lobunas como si fuésemos corderos en el matadero.

Intente forzar la situación pero dos forzudos malolientes empezaron a arrastrarme hacia la popa del barco.

-¡¡Hermano, hermano!!!.-grite con todas mis fuerzas. Luchando por soltarme. Todo fue imposible. El suelo desapareció bajo mis pies y me sentí volando en el aire. Un frió y gélido chapuzon me dio la bienvenida. A la vez que gritaba a los infiernos el barco se alejaba dejando una estela blanca y espumosa. Mire hacia el otro lado donde aguardaba mi tumba eterna. Meciendo de forma rítmica y suave sabiendo que tenia todo el tiempo del mundo para acogerme. Empeze a dar energicas brazadas para entrar en calor y acercarme a la canoa. Su estado descascarillado, lleno de herrumbre y suciedad mostraba el camino que me esperaba a partir de ahora. Mi cuerpo empezó a acusar el cambio de temperatura y a duras penas subí a la barca que estuvo a punto de volcar. Una vez dentro crujieron todos y cada uno de los tablones y maderos que la formaban como si fuera a romperse en ese momento.

Ahora miro el horizonte, una linea eterna y hermosa pero sin vida. Estoy solo en medio de la absoluta nada. Sin sustento, ni cobijo. El Cardenal Gris ha ganado y su secreto seguirá a salvo mientras mis huesos se blanquean en esta ponzoñosa madera. Me derrumbo e intento ocultarme del abrasador sol aun a sabiendas que es imposible. Solo espero que la visita de la parca sea rápida y breve porque tengo ganas de ver a mi padre de nuevo.

Baje del carromato aun medio achispado por el brandy que me habían dado se supone para aumentar mi hombría ante lo que tenia que hacer. Me revolvi inquieto intentando quitarme el frió de la noche o eliminar el sopor del alcohol. Mi guardián me agarro del hombro frenándome en seco.

Me gire y vi su gesto agrio y amenazador. Hasta mi llego su aliento cargado y hediondo como su alma.

-Volveremos en media hora. Y todo debe estar finalizado. O èl o tu. Y ni se

te ocurra escapar o tu cuerpo aparecerá de madrugada destripado en algún puente y nadie llorara por ti. Te lo aseguro. Me desasí de mala manera apelando a mi orgullo y cruze la calle medio agazapado, para esconderme cerca de unos arbustos cercanos. Sin mirar oí como el carro abandonaba el lugar mientras un par de ojos no cesaban de mirar mi nuca. Levante la cabeza y vi la casa que se me antojaba como la negra boca de un lobo esperando comerme. Mire a mi alrededor para cerciorarme que no tenia ningún observador para dar la alarma. Respire hondo y lentamente me fui acercando a mi objetivo. La noche era el aliado perfecto para encubrirme. Con el corazón huyendo de mi cuerpo llegue a la entrada. Me pegue a la puerta como una sombra y empecé a palpar mi bolsillo nerviosamente. Allí se hallaba una copia de la llave de la casa. He de confesar que lo tenían todo muy bien preparado para conseguir su fin. Desconocía que maldad había hecho mi víctima para quererlo muerto y enterrado pero me importaba una higa sus actos y sus desmanes. Yo cumpliría mi parte del trato y desaparecería de este infame lugar. Abrí la puerta poco a poco. Nervioso, temía que el ruido de los goznes avisase a sus inquilinos pero por su suerte no ocurrió. Como un felino entre apoyandome sobre las puntas de mis dedos intentando reconocer lo que tantas había practicado en las ruinas. No tenia tiempo para florituras. Todo corría en mi contra. Tan solo algún perro con ganas de jaleo se oía en las inmediaciones. Atempere mi pulso y como una culebra en la selva me fui deslizandome por las escaleras. Temía que cualquier crujido alertase a mi infeliz destinatario pero nada sucedió. La paz y la tranquilidad llenaban aquel hogar que pronto se vería cubierto por la desgracia y la desdicha fruto de mi mano. No puedo decir que me llenase de orgullo aquel acto traicionero pero si algo tenia era todas las justificaciones ante mi vil propósito.

De forma innata que me sorprendió hasta mi llegue al santo sanctorum de mi propósito. Al lugar que quizás en el futuro me marcaría para siempre y me condenaría al infierno eterno. Pero hoy no, esta noche no lo recordaría así. Ya llegaría el momento de pagar cuentas y lamentar mis actos. Ahora tocaba cumplir con el trato. Abrí la puerta y gracias a la poca luz que aportaba la luna vi una hermosa cama decorada y tallada. Un bulto inerte descansaba placidamente ignorando que su tiempo se acababa. Yo era el gato cruel. Con un destello opalino en mis ojos repté hasta el indefenso ratón. Saque mi daga dorada y con un rictus asesino marcado en mi rostro me posicioné sobre mi presa. Una sed de sangre se apoderó de mi.

-El pequeño escorpión ha vuelto.

La locura corría por mis venas mientras templaba mi pulso para empezar de forma mecánica a sajar y acuchillar aquel hombre.

Hubiera seguido así toda la noche si no fuera por el punzante acero que

acariciaba mi nuca.

-Muchacho me va a destrozar la almohada.

Me gire y me quede blanco al ver a mi asesinado vivo y coleando apuntando con un palmo de buen metal a mi garganta.

-¿Que es eso de Pequeño escorpión?

Continuara...

Capitulo 30 " Tiburon Blanco vs Parlanchin"

No tenia un plan, ni uno estúpido o absurdo. Intentar mantenernos con vida un segundo mas era la única e imposible salida. Mi corazón estaba agitado como un velero en plena tormenta. Lentamente controlando mi respiración me voy serenando. Ignoro el dolor y la sangre que cae por mi cara. Olvido la brecha abierta en mi rostro. Ante el miedo solo puedo templar mis nervios y enfriar los ánimos. Sacudo la cabeza para despejarme. Ante tal sacudida gotas liquidas se esparcen ante el respetable que aulla como un recaudador sin paga. No me importa si es sangre, sudor o el mismo mar que se desprende sin afecto de mi. Espero el golpe de aquel bruto que no me da cuartel. Reculo y mi enemigo abre sus manazas para cogerme. Tengo la impresión de que soy una damisela en apuros ante un sátiro. Giro y giro poniendo una distancia segura. Con el ojo mas bueno voy admirando la selecta tripulación que exultante espera una buena diversión ante la monotonía que se apodera de ellos viaje tras viaje. No deja de sorprenderme la variedad de vestimentas que utilizan cada uno sin orden ni concierto. Los mas llevan las típicas túnicas con sus turbantes llenas de suciedad y de colores indeterminados y olvidados hace tiempo. Tan absortos están en nuestro peculiar cambio de opiniones que no se dan cuenta de lo que yo veía. Una luz se encendió en mi, pequeña muy pequeña. Tenia ante mi un arsenal. Solo necesitaba al voluntario perfecto y el momento adecuado. La mayoría de estos escandalosos seguidores portaban su gumía. Un daga con forma de sable corto y corvo. Con un solo filo. Ligera, manejable e ideal para el combate cuerpo a cuerpo. Era mejor que un alfanje o una cimitarra que es mas pesado. Mientras remoloneaba evitando los certeros golpes de Tiburón. Escudándome detrás del palo mayor soy obsequiado con imprecaciones, empujones y escupitajos por un publico ávido de sangre, dolor y sufrimiento. Es lo que veo en sus rostros sucios, arrugados y ansiosos.

-No estas dando una pelea muy convincente a mi tripulación.-dijo el

hombreton con voz meliflua.

Si pensaba que con ese tono de llamada de sirena pensaba convencerme para caer en sus brazos no lo consiguió, pero todavía menos una manaza que surco el aire a escasos centímetros de mi cuerpo. Si no hubiese estado alerta ya estaría alimentado un rico banco de peces.

-Tu tampoco, pelón.-dije con valor. El cual no tenia.

El hombre, iracundo empezó a perseguirme sin ningún tipo de lógica. Sabia que un tipo enfadado no tenia una táctica en mente y eso era un punto a mi favor. Aproveche y me metí entre medio de los asistentes. Daba empujones y puñetazos para abrir camino. Mi perseguidor era mas brusco y los ays y quejidos de sus propios compañeros siendo atropellados eran cada vez mas audibles. Me dirigí a la escala cuando un tunante rubio, con bigote y los ojos separados se puso delante de mi. El incauto era el típico tipo pagado de si mismo. Su cara cambio al verme saltar directo hacia el como un depredador despiadado. Caímos haciendo una bola, que rodó varios metros y tome su alfanje a lo que no puso ninguna pega, ya que en el estado que estaba no le valía para mucho. No era especialmente hermoso ni labrado. Sino tosco y vulgar, medio oxidado pero perfecto. Viendo que la bestia me seguía, no pare y llegue al palo del trinquete y subí por la escala. Rece para que mi sombra tuviese vértigo pero por desgracia no fue así. Los pulmones me quemaban y mi cabeza se mareaba. No podía negar que la vista era hermosa, mar plácido, cielo azul, un sol brillante y una suave brisa. Aunque no todo el mundo parecía apreciar este regalo de la naturaleza. Viendo que las distancias se acortaban que mejor que un buen mandoble a la escalerilla. No se rompió del todo pero me dio cierto tiempo a llegar a la cofa del palo. Tiburón me miro iracundo y moviendo su puño cerrado dandome una señal clara sobre mi. Cuando volvió abajo me miro y una sonrisa delgada, fina y recta se mostró en su cara. Después se acerco a mi flagelado hermano y empezó a golpearle sin piedad mientras era sujetado por dos gañanes. La sangre corría por su boca como el vino en una taberna. Salí de la seguridad de la cofa y empeze a andar por la verga. Ni yo estaba seguro de lo que hacia pero sirvió para que todos me mirasen con sus bocas abiertas y sus ojos dilatados. El bruto dejo de acariciar a mi hermano y espero con gesto expectante mi próximo movimiento. Mientras con la mano hacia ademán para que bajase. A lo que yo cortésmente negué con la cabeza. Algo que casi me hace besar el suelo al perder el equilibrio por unos instantes. Allá arriba chupe mi dedo y lo levante calculando las posibilidades que tenia de sobrevivir ante mi próxima jugada. Anduve con mucho tino al final de la verga y corte la cuerda que sostenía un lado la vela del trinquete.

-Baja o te mataras. No puedes hacer nada aunque quites la vela.-gritaba

Tiburón con sus manos alrededor de la boca.

Hice caso omiso como si el viento no me dejase oír. Mire al cielo y rece todas las oraciones y letanía que sabía a cualquier religión. Agarre el extremo de la vela y corte las cuerdas. Salte hacia delante mientras toda la vida pasaba delante de mis ojos y lo que vi no me lleno de orgullo. Pero era mi vida y la única que había tenido. Cuando parecía que después del salto iba a terminar con la vela estrellándome contra la cubierta una ráfaga de aire me impulso hacia la popa. Puse los pies hacia delante y por increíble que parezca la vela se soltó por el estado de las cuerdas y por la fuerza del viento y fui a caer sobre la cuadrilla de marinos entre ellos Tiburón. Cuando me di cuenta yacía sobre la vela y debajo de mi varios cuerpos heridos, doloridos e inconscientes . Lo sentía por mi hermano pero todo aquel que intentaba levantarse recibía un generoso donativo por parte de la empuñadura. Cuando todo se hubo calmado me deslize de la tela y la levante curioso para saber el fruto de mi locura. Allí estaban una amalgama de cuerpos mezclados. Apresuradamente busque a mi hermano y a Tiburón. Ambos estaban juntos uno encima del otro como buenos amantes. Deje que la vela fuera arrastrada por el viento y la luz baño a todos. A los que estaban despiertos les sacude un buen golpe para que no molestasen. Aparte al amenazante hombre que nos había aterrado desde que subimos a bordo no sin antes darle el resto de lo que se merecía. Después levante a mi atontado hermano y lo agite para que abandonase el estado de inconsciencia. Aparte de un chichón y alguna brecha no tenia nada grave. Note que su respiración era regular y normal. Tras varias intentonas volvió en si. Y me miro sorprendido. Miro a su alrededor y su gesto rozaba la incomprensión y la alegría.

-Bueno no ha ido tan mal,¿como estas?.-pregunte ávido de oírle.

-Bien, pero si cojo al tipo que me hizo esto lo va a lamentar.

-Tienes razón. Es hora de marcharnos. Ahora que todos están descansando.

A duras penas lo levante y echo mano a mi hombro para apoyarse. Poco a poco acercándonos al bote que estaba atado al final del barco y que se movía de forma aleatoria dando bandazos de un lado a otro. Con suerte podíamos coger algunas armas y víveres y alejarnos del lugar.

Un sucesión de aplausos realizados por una persona rompió la magia del momento.

Me gire y levante mi arma para acabar con èl por una vez.

-¡Maldito Tiburón Bastardo! Voy a acabar contigo.

Ante mi apareció un religioso vestido de gris y con una máscara en su rostro.

-Hola, viejo amigo.

-Si nos engañas mueres, si no cumples con tu encargo mueres. Y si nos traicionas... Me hubiese negado cortésmente pero un filo en mi cuello no resultaba agradable para llegar al día siguiente. Aquel malnacido me miro sin ninguna emoción.

-Pero, bueno.-dijo con una sonrisa educadamente fría.-Que no se diga que aquí no somos hospitalarios. Darle al muchacho algo de gazuza para su seco gástrico y su raquítico estómago.

De la nada aparecieron dos hombres con una oscura botella verde y un humeante plato de gachas.

Con un movimiento de cabeza me invito a sentarme. Mas que una invitación era una orden quedando bien claro quien mandaba y quien tenia derecho sobre nuestras vidas. A mi no me interesaba nada mas como un lebril hambriento agache la cabeza y comí hasta hartarme. No recuerdo cuantos platos cayeron hasta quedar ahito. Una vez con el estómago lleno y la mente funcionando sopesé las posibilidades de salir bien de este brete y todo lo que se me ocurría se me antojaba estéril. Mejores telas vistieron mi cuerpo que no de calidad. De pordiosero o vagabundo había subido al nivel del vulgo, a pobre . Por desgracia no sabia donde habitaba mi víctima ni tampoco podía salir ya que una escolta "por mi seguridad" como decía mi tutor seguía todos mis movimientos que no eran muchos. Para mi supuesta misión me asignaron a un hombre duro y correoso llamado Fernandez de Oviedo, un viejo alabardero el cual nunca supe como llego a ser un soldado a sueldo. Pero por su semblante y actitud aquello era una herida sangrante que nunca cerraría. Se veía alguien que tenia principios y honor pero que todo debió quedar mancillado por un oscuro asunto de faldas o de confianza. Huelga decir que a un botarate como yo le intentase inculcar el noble arte de la espada creo que era la mejor manera de arreglar sus cuentas con la vida. Ya que creo sin riesgo a equivocarme que fui todo un tormento hacer que de mis torpes manos fluyese la sabiduría del duelo. Aparte de este ligero barniz con la espada. Muchos días marchábamos a un viejo caserón abandonado simulando ser mi objetivo. La en otro tiempo elegante mansión hoy era una ruinoso finca donde en el segundo piso había puesto una vieja cama y tapada con una mohosa manta y una almohada haciendo ver que era el

próximo difunto Dumas. Durante semanas realice el mismo ejercicio hasta que quedo grabado a fuego en mi memoria, tanto que era capaz de hacerlo con los ojos cerrados o casi. Inculcaron de paso el arte del sigilo y el silencio como moverme y esconderme en situaciones extremas. Lecciones que absorbía como si fuese el mejor caldo de la provincia. Ufano de mi me agarraba a la esperanza de que una vez cumplido mi cometido me concederían la libertad. Pero un nubarrón negro asomaba de vez en cuando avisándome que esta gente no dejaba cabos sueltos y yo era uno de ellos. Lección a lección fueron pasando los días. Rápidos como centellas. Hasta que la fecha señalada llego.

Continuara...

Capitulo 29 "Tiburón Blanco"

La histeria se apoderaba de mi cuerpo solo veía como aquel maldito pipote hinchado y podrido se confabulaba contra nosotros llevándonos a una muerte cierta o algo peor. Tenia los músculos agarrotados por el esfuerzo, mis piernas apenas reaccionaban. Entre mi pésimo estado físico y las bajas temperaturas que soportabamos en el agua mi mente solo quería dormir. Acabar con todo y dejarme caer en una cuenca oscura y lóbrega. Solo un pequeño descanso. Era lo justo y merecido. Mis ojos escocidos y rojos por el agua salobre se entrecerraban adorando ese acto de duerme vela que ansiaba. Empecé a escorarme hacia un lado. Solo un poquito mas, un poquito mas. Para que mi cuerpo cediese al peso y la paz volvería. Sin sufrimientos, sin penurias. Mi rostro se reflejo en el agua y me pareció ver a mi amado padre halla abajo animándome a que me reuniese con él. A recuperar todo el tiempo que no tuvimos. Un grito desgarrador me volvió a la realidad. Mi corazón parecía a punto de salir del pecho. Exhausto levante la vista. Un pobre desgraciado caía del barco turco con una enorme herida en el cuello como si un gran animal le hubiese arrancado un pedazo de carne y luego lo hubiese tirado al agua como un guiñapo. La sensatez me volvió gracias a los chillidos de los infelices que se ahogaban alzando sus manos intentando coger una ayuda que nunca llegaría. Ser testigo de como sus esfuerzos se apagaban a la par que los movimientos de sus manos acaban hundiéndose me sirvió para despertarme. Mire a mi izquierda y vi a mi agonizante hermano asintiendo con la cabeza. Pensó que con ese gesto me engañaría. No me creía que estuviese bien pero seguir era la consigna. Los hombres de aquel barco utilizaban unos largos ganchos para atraer a los cautivos a un lado. Agotados y cansados nos dejamos llevar por la corriente hasta el barco. Solo teníamos dos destinos morir o ser presos. Optamos por la segunda opción. Vivos tendríamos una oportunidad. Muertos no. A la espera de ser recogidos uno de los ganchos empezó a tocar a mi

hermano. Curioso elevo la vista y vio al hombre menudo que tanteaba su grado de vida. Mi hermano se giro y me miro con una sonrisa malvada. En un movimiento que me sorprendió tomo el gancho y tiro con fuerza. El resultado no se hizo esperar. El atrevido turco cayó estrepitosamente al agua acompañado de un grito mientras su pañuelo le seguía gracilmente hasta que toco el mar. Miramos hacia arriba intrigados esperando alguna reacción. Un rostro desafiante se asomo mirándonos con curiosidad. Era un hombre grande, extremadamente grande y musculado. Tenia tatuadas dos branquias, una a cada lado del cuello. Sus fríos ojos nos observaron como si fuéramos su cena. Un segundo después sonrió y lo que vimos nos dejo estupefactos. Sus dientes se asemejaban a un tiburón. Estaban perfectamente limados en un hilera serrada. Levanto su mano y señalo a mi hermano haciendo señas de que esperase. Y su fea cabezota desapareció de nuestra linea de visión.

-¿Quien era el feo del año?.-dije divertido a mi hermano.

Mi hermano me miro con una cansada sonrisa. Pero su gesto cambio cuando un grito desgarrador sonó sobre la cubierta del barco. Apenas recuperados del susto un cuerpo caía agarrándose el sangrante cuello. No sabia si mi vista me engañaba pero me parecía ver que le faltaba un trozo de carne de su herida sangrante.

La bestia dentada volvió a aparecer de nuevo sonriente. Mostrando sus dientes sangrante. Escupió y un trozo de carne mascada y hecha jirones amerizo sobre el agua. Alrededor de ella varias peces no hicieron asco y acabaron con el resto. Si mi aterido estomago tuviera algo hubiese devuelto pero solo pudo dar unas ridículas arcadas.

El caníbal sonrió y con un gesto señalo a mi hermano para que se acercara a su presencia. Desde el principio entendimos que aquella no era una invitación de sociedad sino una detención en toda regla. Por sorpresa aparecieron a ambos lados dos barcas de remos con turcos apostados y armados dejando clara su actitud.

Ambas naves se apostaron a nuestro lado y uno de los jerifaltes nos hablo. Era alto y delgado con una sucia y oscura barba. Yo no era muy delicado en temas corporales habiendome juntado con harapientos,

mendigos y miserables de toda ralea. Pero aun así no pude evitar tapar mi sensible nariz antes las excelencias de aquel oloroso mensajero. Y prevenido gire mi cabeza cuando vi que abría aquella cloaca negra y desdentada llamada boca.

-Köpekbalığı, os invita a su humilde barca.

No esta mal una amenaza vestida con toda la cortesía de un devorador humano. Por un momento lo pensé y estuve a punto de rechazar tan apetecible oferta. Pero que mas daba. Perdido en el mar, con mi hermano medio muerto, helado, hambriento y mojado que podía perder. Además con el rabillo vi que nuestro amigo barbudo tenia cierto temblor como si pensara que al negarnos él entraría como el primer entrante en el menú del gigantón. Me desprendí de mi amado barril con un beso aéreo sabiendo que no lo echaría de menos. Tras una breve travesía al otro lado del barco fuimos llevados ante la presencia de nuestro anfitrión. Extendió sus brazos mostrándose en todo su esplendor y vimos sus manos. Tenia los dedos pegados salvo el índice. Debió ser un problema de nacimiento. Entonces advertí que esa tara le confería cierta semejanza al acabado de una aleta de un pez.

-Mis amigos me conocen como Tiburón Blanco.- a la par que decía esto mostraba su temible y ensayada sonrisa.- Y los demás como el Demonio del Mar.

-¿Y sus enemigos?

Una fría mirada se clavo en mi sin dejar de sonreír. Después se giro y me mostró su espalda desnuda llena de pequeños puntos tatuados. Había cientos de ellos.

-Ya no me quedan. Fueron devorados por su osadía y su temeridad. Cada

uno de ellos es un punto en mi cuenta particular.

Se volvió de nuevo hacia nosotros y nos miro impasible.

-Pero esa no es la cuestión. Ese hombre.-levanto el dedo señalando a mi maltrecho hermano.

-Mi hermano-replique.

-Tu hermano a agredido a uno de los nuestros y exigo una justa compensacion.

Mi hermano endureció su agotado rostro con una mirada asesina hacia el grandullón.

-Nada podemos darte.-dijo mascando las palabras. Y estirando los brazos mostrando sus posesiones. Su cuerpo y sus ropas rotas y mojadas.

-Lo se, lo se. No quiero nada material, quiero algo mas valioso.

Ambos pusimos gestos de sorpresa.

-Tu vida. Tu falta de respeto debe ser reparada. Y se hará justicia si pierdes.

-¿Y si...? ¿Y si gano?.-dijo farfullando quejosamente.

-¿Acaso crees tener alguna posibilidad ante mi, pececillo?

Mi hermano hizo un intento y se abalanzo sobre el musculoso retador pero al final no lo consiguió. Mi mano detuvo su acto. Una acción heroica pero estúpida. Mi extremidad quedo maltrecho y parecía haber sido golpeada por un muro. Mientras la sacudía para atenuar el dolor intente enfriar la situación.

-Espera, espera. Yo me ofrezco en este duelo a cambio de mi hermano.

Tiburón me miro divertido.

-Bien, entonces perderéis los dos. Os comeré la yugular y luego acabareis olvidados después de ser comidos. Vuestros huesos no verán la luz del día.

-Interesante perspectiva. Es una manera de verlo.

Apenas hube acabado de contestar un luminosas estrellas aparecieron en mis ojos acompañadas de un certero golpe.

El desafío por la supervivencia había empezado. Solo deseaba no ser un punto y seguido en su vida.

Finalmente deje atrás a Yonah sabia que con su presencia me sentiría seguro y protegido. Pero su destino era distinto del mio. Sabiendo que deseaba volver a su tierra no me complacia en absoluto acabar en una tierra extraña y desconocida. Tras las consabidas despedidas tome rumbo hacia el sur. Andando de noche por pequeños caminos y a cierta distancia de la calzada. Comiendo y tomando lo que hallaba por los huertos. Vigilando y observando que no saliese ningún guardián para darme una buena tunda. No hice ascos a frutas caídas, raíces o huevos en los nidos. Todo aquellos que sirviese para mi supervivencia era bienvenido. Por el día buscaba huecos y escondites donde dormir y descansar. Cuando oía voces actuaba como una sombra, ocultándome para no ser visto. No fue una travesía ni fácil ni cómoda. El frío y el hambre fueron compañeros continuos pero me mantenía alerta. Los pies se me llenaron de ampollas y con el tiempo se me endurecieron. Largo, muy largo fue mi andar y perdí la noción del tiempo. Aun dudo cuanto tiempo paso, si fueron semanas o meses. Bien es cierto que pase por pequeñas y miseras aldeas que nada tenían que ofrecerme. Y con mi acertada idea no solía visitar, ya que seguro que serian frutos de problemas después de mi agónica experiencia con los aldeanos que intentaron enterrarme. Pero como todo al final tiene su meta y allí estaba yo. De vuelta a la civilizacion. Ante mi se extendía una ciudad portuaria en plena actividad y llena de vida. Aunque sabia que con mi aspecto las oportunidades no caerían del cielo. Tendría que empezar desde lo mas abajo. Y que mejor lugar que el puerto. Allí donde los negocios y trapicheos son su lugar natural. El olor a mar me llenaba los pulmones y encendía mi ansia aventurera. Poco a poco mientras me acercaba al puerto veía como los barcos se hacían mas grandes a mi vista. Embarcaciones de todo tipo esperaban pacientemente la llegada de su tripulación para navegar por cualquier ruta comercial en busca de fortuna. Me emocionaba que una de aquellas naos que se mecían suavemente podía guardar un sitio para mi. Las nubes entretapaban la luna y la oscuridad se hacia dueña de aquel lugar. Una leve neblina cubria el agua tiñendola de un gris verdoso. Un enclave adecuado para el submundo que vivía entre el delito y lo ilegal. Una fauna de chulos, marineros de oscuro pasado, rameras y ladrones pululando por doquier. Parecía que mi estrella me acompañaba cuando llegue ya era noche y solo las tabernas de mas mala fama permanecían abiertas con los habituales del lugar. El León y el

Jabalí, El yelmo roto o La casa del barquero eran uno de los tantos lugares que aquí y allá se amontonaban alrededor del puerto esperando ansiosamente la llegada de los viajeros o marineros. Además de los que preferirían el anonimato para sus intrigas. Sigilosamente andaba asomándome por los sucios cristales intentando atisbar el interior y ver si algún parroquiano me parecía interesante para ofrecerle mis servicios

-Hola, garzón. ¿Que se te ofrece a estas horas tardías?¿Buscas compañía?

Una mano de forma decidida me cogió del hombro. Acompañada de una voz quemada por el vino barato. Un error inexcusable al no tener mis sentidos alerta. Pero ya era tarde pensé a la vez que un sudor helado me llenaba el cuerpo.

Me gire y un joven de aspecto delgado y larguirucho con pecas y el pelo revuelto se presento.

-Me llamo Crutcher.

- Yo soy Alejandro. Acabo de llegar aqui y ando perdido. Me encantan los barcos ya que vengo del norte y alli solo hay tierra y sol. Estoy buscando algun trabajo para conseguir algo de comida y cama.

¿Podrias ayudarme?

Crutcher me miro de arriba abajo como si me evaluase.

-Quizas estoy buscando a alguien para un asunto. Quizas podrias ayudarme. Acompañame quiero que veas a alguien. Con suerte te dara algo de comer.

Lo segui como un perro perdido a traves de callejuelas encharcadas donde las ratas cruzaban alocadamente ante nuestros ruidos. Casas agrietadas y desconchadas. Poco a poco nos fuimos alejando del puerto y llegamos a un viejo tunel que atravesaba un vertedero de escoria. Del tunel partian otros corredores laterales de dimensiones mas pequeñas.

-¿Adonde conducen?-pregunte temeroso.

-No lo se pero creo que si fuiesemos por alguno de ellos acabariamos perdidos y desorientados. Muertos de hambre y de sed sin ver la luz del dia.

Ante tal perspectiva me acerque mas a mi guia.

Al doblar una curva nos encontramos a un tipo siniestro, de gesto adusto y mirada asesina.

-Viene conmigo.-advirtio Crutcher.

Al pasar a su lado adverti como lentamente una daga volvia a su funda mientras el vigilante no perdia detalle de nuestros movimientos.

Varias velas alumbraban un pasillo que acababa en una sala rectangular. Dentro un hombre sentado en una endeble silla. Apoyaba sus manos sobre una destartada mesa que sostenia una languida vela mecida por un viento misterioso y una bolsita de piel. Apenas percibi sus cuidadas manos y un delicado anillo. El misterioso individuo hacia todo lo posible por permanecer en el anonimato. Era de ese tipo de personas amigas de las sombras, su medio natural.

-¿Lo tienes?

-Si, Sr...

-Sin nombres.-ordeno friamente.

-¿Este es el alfeñique que nos librara de Dumas de Manqueda?

Continuara...

Capitulo 28 "Hundimiento"

Entonces por mi cabeza asomo una idea, una autentica locura. Fruto de la desesperacion y del instinto de supervivencia. En mi mente se fue formando un delirio, un absurdo parido de la adrenalina. Me agache y antepuse la daga como si fuera una terrible garra. Yonah sonrió aun ignorando que tenia preparado. Asintió con la cabeza como si fuese la señal de salida. Una huida hacia ninguna parte. Una muralla ante nosotros, una turba de espectros de barbas descuidadas y mugrientas, costras de suciedad, en sus cuerpos vestimentas raídas y remendadas. Una sinfín de ojos vidriosos y fijos nos observan. Nos movemos en circulo esperando el golpe definitivo del mas decidido. Cuando se apartan y ocupamos su lugar un olor de humedad agria a orín derramado lo ocupa. Por fin, el mas gallardo de los cobardes toma la iniciativa. Zas, zas. Dos golpes secos de Yonah con una vara lo deja tendido en el suelo. La gente nos cierra y nos ahoga. Busco aire para respirar. Entro en un bosque de piernas y pies, empiezo a merodear y me entremezclo. El filo rasga un tendón y un grito suena en la penumbra. Todos miran asustados al afectado pero yo me alejo y sajo otra pierna. Cada vez que lo hago se giran los lugareños buscando al desgraciado. Yonah tumba alguna

amenaza. El ambiente se alimenta de ays y murmullos. Empiezan a creer que es un demonio de un extraño mundo. Un ser poderoso que es capaz de vencer a un ejercito con sus manos. El jarabe del miedo empieza a hacer efecto en sus pobres estómagos. Yonah avanza, golpea, avanza y golpea. Y cada vez que lo hace alguien mas besa el suelo. Yo por mi parte sigo sumando adeptos a la liga de los cojos y cuando se agachan para ver el estado de sus heridas les golpeo el mentón con la empuñadura. Cuantos mas caídos menos enemigos, sumo y resto. Poco a poco los huecos se van abriendo. Yonah sabe que los tiene a su merced. Podría acabar con todos ellos mientras sus bocas abiertas chillan y los dientes volarían entre gorgoteos de sangre. Pero es un castigo muy duro. Los aldeanos no son soldados, no buscan orgías ni tesoros. La tragedia y la enfermedad ha golpeado sus vidas convirtiéndolos en animales asilvestrados que se mueven por necesidad. Y mientras nos alejábamos de aquellos muertos en vida tirados como fardos, abandonados en el suelo mostrando la actitud vencida que tenían ante el futuro que les aguardaba. Demostraban que habían bajado los brazos y aceptado el inquieto porvenir que se auguraba en el horizonte. Los miraba y cerré los puños de rabia jurandome a mi mismo que no seria como ellos, un vencido, un derrotado. Lucharía hasta el fin de mis días por un porvenir mejor y una existencia digna. Pero cuanto ignoraba lo que la vida misma me preparaba y tan ciego estaba que me creía mejor que aquellos harapientos guiñapos lastimeros. Cuan petulante y engreído era. A cada paso que dábamos los gemidos se confundían con el viento. Y me parecía que todo había sido un mal sueño pero el hambre y el frío me demostraban que todo era real. Ante mi se paro Yonah en una encrucijada de caminos. Me miro solemne y dijo con voz grave:

-¿Y que planes tienes ahora, muchacho? Puedes venir conmigo yo voy al sur. Un buen amigo tiene una herrería y puede cobijarme allí hasta que sea seguro salir del país y además puedes aprender un oficio.

Me quede plantado mirando en las dos direcciones. Temiendo perder la elección correcta, como si todo dependiese de dos caminos. Iluso de mi, tan seguro estaba que no podía imaginar que a las primeras de cambio estaría hecho un mar de dudas. ¿Que decidir marchar con Yonah o probar fortuna en el norte y enrolarme y ver mundo? Ni siquiera tenia una moneda para decidir mi destino.

Hacia un día espléndido el sol refulgia entre las nubes y una suave brisa acariciaba la gallarda nave que a duras penas repelía el constante ataque que recibía. Mientras yo pensaba en salir y escapar. Mis puños ansiaban meter algunos dientes dentro de algunos pulmones. Era una labor imposible mientras permaneciese aquí atado como un perro olvidado comido por los chinches y las pulgas. Una enorme sacudida partió el mundo en dos. Una explosión nos alcanzo arrancando maderas y cuadernas por todas partes. Matando a los remeros de la primera y segunda fila. Barriendo los cuerpos hacia fuera dispersando sus restos como si un perro se quitase el agua sacudiéndose. Por desgracia no acabo ahí la matanza. Astillas volaron buscando ansiosamente un lugar donde anidar como pajaros en sus nidos. Empalando a muchos de mis compañeros que se retorcián entre gritos sangrientos y sudados. Esto era el principio del fin. Una enorme tromba de agua se anunciaba ruidosamente mezclandose con las suplicas de los condenados para que soltasen sus cadenas. Aquella nao estaba herida de muerte y nosotros eramos sus séquito al fondo del abismo. El cómitre antaño y orgulloso ahora solo era una pulpa deshecha y sangrante. Tras el embite de las armas enemigas había caído al suelo y entre varios habían conseguido retenerlo en el suelo. A pesar de que forcejeo para liberarse, todo fue inútil. El miedo no existía y la venganza era una fin muy ansiado para aquellos cuerpos castigados. Ante tal locura no me deje amilanar. Mi mente solo pensaba en escapar. ¿Pero como?.

-¡Hermano, tenemos que romper la cadena!

Mi hermano sacudió la cabeza y cogió uno de los extremos de los remos y empezó a sacarlo. Una vez lo tuvo lo extendió cuan largo era y sin saber de donde saco las fuerzas lo rompió por la mitad. Con la suficiente cadena como para dar una vuelta en torno al remo, descargó todo su peso sobre la improvisada palanca con un empujón breve y seco. A pesar de que estaba sujeta, noto cómo el grillete se le hundía en los tobillos y le laceraba la carne, aunque no protestó. Lo volvió a intentar, y esta vez uno de los eslabones de la cadena se abrió un poco. Un tercer arreón lo terminó de deformar, y dio un tirón de la cadena. Finalmente quedo libre. Sin perder tiempo realizo el mismo trabajo en mi. Una mirada de confianza y fe me permitio mantener la serenidad. Ya liberados corrimos hacia la abertura, ahora completamente por debajo de la superficie del mar. El agua fluía con menos fuerza pero igualmente imparable, a medida que el barco se iba inclinando hacia la proa y girando sobre sí mismo, rechinando lúgubrememente. La inclinación de la galera era ya pronunciada. Los otros galeotes, al vernos libres, nos suplicaron desesperados que les ayudásemos a romper sus cadenas. Dude un momento mirando, pero luego comprendi que si nos quedabamos un minuto más en el barco éste

nos

arrastraría al fondo. Tal vez ya era demasiado tarde incluso para nosotros. Haciendo de tripas

corazón, ignore los gritos de auxilio. Aquel moribundo escupía agua por todas partes. Nada se podía hacer por aquella nao. Su fin estaba sentenciado y por ello resignado parecía que deseaba bajar a su eterna morada mas antes que tarde. La popa de la nave se alzaba ya sobre el mar. La parte delantera del buque seguía hundiéndose entre un remolino de espuma rosada, comprendi con terror que el color era debido a la sangre de todos aquellos que habían quedado despedazados por el choque. En cubierta sólo quedaban los gritos de los moribundos y de aquellos que trepaban por las bordas y la empinada cubierta, tratando desesperadamente de arrojar al agua. Muchos no sabían nadar, y el resultado para ellos era el mismo que si se hubiesen quedado a bordo de la galera, pues cuando caían se iban al fondo como una piedra y ya no volvían a aparecer.

Cuando llegamos junto a la abertura, encontré que la plataforma del cómitre estaba completamente anegada.

Sin pararme a pensarlo dos veces me zambullí y me sumergí hasta alcanzarla. Sobre ella estaban los barriles de agua, y tuve que palpar en la casi total oscuridad hasta encontrar el nudo que los mantenía unidos entre sí y al mamparo. Al tirar de el, los tres grandes barriles se soltaron y me agarre a uno de ellos, que ascendió a la superficie del agua con fuerza. Finalmente emergí agarrado al barril, a poca distancia de la galera, resoplando y tosiendo. Pocos segundos después apareció mi hermano con una sonrisa horrorosa de felicidad. Pero aquello no había acabado. Comprendi enseguida que allí no estábamos a salvo. Uno de los jabeques estaba rodeando la galera, y sus tripulantes bajaban ya al agua las chalupas, provistos de largas pértigas para atrapar a los supervivientes y los restos de algún valor.

—Vamos —susurre—. Tenemos que intentar nadar hacia la costa antes que no nos vean.

Aquello era más fácil decirlo que hacerlo. Por más que nos esforzábamos, pilotar aquel

barril era imposible. Llevaba poco líquido en su interior, lo que le confería más flotabilidad

pero también lo dejaba a merced de las corrientes, que nos empujaba

directamente hacia

los piratas. Desesperado miraba como se alejaba nuestra libertad y nos acercaba al infierno morisco.

En ese momento oí unos gritos, y vi como los tripulantes de una de las chalupas estaba mas que dispuesto a capturar a los supervivientes. Por desgracia nuestra presencia no pasaba inadvertida y señalaban en mi dirección intentando cortarnos el paso.

Pataleaba con fuerza, pero el barril no dejaba de girar sobre sí mismo, con lo que daba vueltas en círculos.

—Maldita sea, no está funcionando. Estamos perdidos.

Continuara...

*Agradecimientos a Juan Gomez Jurado y su obra "La leyenda del ladrón" por servirme de guía e inspiración en este capítulo sobre galeras y su terrible legado. Algunos extractos técnicos me han sido de gran ayuda para esta parte del hundimiento de la nave de El Parlanchín y como homenaje a su obra de la que soy admirador y a su personaje he culminado este entrega con el mismo final del capítulo. Novela que recomiendo encarecidamente. Aunque a partir de aquí lo que acontezca ya sera obra mía con sus pequeños aciertos y grandes errores como el resto de capítulos de esta historia.

Capitulo 27 "Yonah"

Poco a poco la mortaja que me retenía me fue soltando y notaba como mis pulmones volvían a sentir el suave transitar del aire. Boqueaba como un pez fuera del agua intentado evitar el colapso. Era un fuelle sin control. Una gula engullía el oxígeno mientras la tierra me paría y veía como una placenta de arcilla se desprendía en pequeña porciones. Mis sentidos cobraban vida. Todo era un mundo nuevo. Los sonidos, los olores, la luz... y un rostro. Todavía con el miedo en el cuerpo eche mano de mi viejo cuchillo. Un herrumbrado y gastado estilete sin filo que mas infundía temor que daño. Con todo, con el último hálito que da el instinto de

supervivencia. Tome el arma y lance una estocada con mas fervor que fuerza. Aquel hombre amago mi intento como si espantase una mosca.

-¡Vaya! El pequeño escorpión aun tiene vida.-mientras decía esto sonrió.

Por mi parte baje los brazos dando por perdida la partida. Estaba a su merced.

-¿Donde estamos?.-dije confuso.

Ante mi se hallaba un hombre alto de unos 60 años, rostro curtido y arrugado. Algunos pelos asomaban sobre su coronilla. No parecía tener miedo, ni estar intranquilo. Tan solo estaba alerta.

-En la misma tierra donde murieron tus padres, tus amigos y tus parientes.

De pronto reacciono. Y rió a carcajadas. Una carcajada limpia, feliz, de alguien que amaba la vida y la vivía sin miedos ni coacciones. Le mire a los ojos a medida que me subía para librarme de mi sepultura y me dejaba en tierra. Sus ojos eran negros y veía que me traspasaba con la mirada. Alguien culto que la edad le había dado sabiduría y viajes. Yo era un libro abierto. Un inocente cachorro metido en una locura universal.

-¿Lo dices por mis ropas? ¿Y por mi color?

Ciertamente lo único que esperaba encontrar era un hombre tan oscuro vestido con un sencilla chilaba de elegante costura y un hatillo. A su lado descansaba un cayado bellamente labrado. Una vez me dejo en tierra. Lo tomo y me miro evaluando si tenia algún daño.

-¿Estas bien?-pregunto preocupado.

-Sip, solo tengo el susto.-dije intentando mantener la poca dignidad que me quedaba.

-Como veras soy un extranjero en tu tierra. Imagino que era lo ultimo que esperabas encontrar.

-Si, pensaba que ibas a matarme por ser infiel.

-Por desgracia a veces los que menos te imaginas son los que te pasan a cuchillo como puedes ver.

Tus propios paisanos no han dudado un momento en darte muerte.

-Tienes razón. ¿Y ahora que será de mí?

-Puedes venir conmigo. Por cierto que descortés mi nombre es Yonah. Podía decir que soy herrero pero he viajado por tantas tierras y he trabajado en tantos oficios que ya no sé que soy. ¿Y tú, muchacho?

-Me llamo Alejandro Navapetro. Todos mis seres queridos murieron y escape con lo puesto.

-Bueno, pequeño escorpión. Si quieres puedes acompañarme. Conmigo no tendrás lujos pero no te faltará aprendizaje y un estómago caliente.

Entonces mire a mi alrededor. Los labriegos estaban de vuelta para ver el resultado de su caza. Querían rematar la faena.

-Mirad, ese bastardo ha sacado al crío.

-¡Matemosles!

Poco a poco se iban envalentonando armados con sus aperos y sus herramientas. Guadañas, orcas y hoces brillaban siniestramente con las luces de sus antorchas.

Yonah me miró preocupado.

-¿Tienes algo mejor que ese juguete?

Negué avergonzado.

Yonah hecho mano a su cintura y sacó una bella daga dorada.

-Espero que sepas utilizarla.

Asentí seguro. Lo que menos quería era que me viera flaquear aunque fuese mi último acto en vida.

El círculo se fue cerrando como unas manos ahogando una garganta con la idea de asfixiarnos.

-Hijo, ahora ganate el pan. Demuestra lo que vale un pequeño escorpión.

Un estruendo nos despertó a todos atemorizados nos miramos unos a otros. Murmullos y voces ahogadas conjuraban que podía suceder. Mi hermanastro empezó a tirar de las cadenas intentando romper la barra que nos unía al madero. Era inútil. Por mas respuesta fue un latigazo de nuestra pesadilla. Un hombre ton musculoso hasta lo indecible. Con su andar pomposo y su mirada glacial nos dirigía con puño de hierro. Nada escapaba a su mirada. Parecía haber nacido en este barco y mamado este oficio. Cruel donde los haya disfrutaba ser amo y señor de su pequeño reino. Cualquiera infracción era castigada, daba igual si fuera leve o grave ya que su coste era altísimo. Todos llevábamos su marca en nuestro cuerpo. A veces se regocijaba mientras nos miraba de forma altanera mientras metía su látigo en agua con sal. Aquel hombre amaba su profesión y a todos sus galeotes. Sabía como llegar a viejo en este odiado oficio. Un trabajo sucio, desagradable y peligroso. Pero también sabía que era una de las personas mas importantes de la nave. El controlaba la velocidad de la nave y el éxito de un ataque o el esquivar cualquier peligro que se avecinase. Ninguno de esos petimetres uniformados se atrevía a bajar a su reino a decirle como hacer su labor. No se atrevían, no querían acabar como eternos invitados a su sección.

Por desgracia su reino tenia los días contados.

-¡Deprisa, haraganes! Os daré doble ración de agua salada con "La justicia" si no os movéis.-mientras levantaba el brazo y agitaba el látigo también conocido con ese apodo.

Tras su paseo de rigor se acerco a su sitio de descanso. Un lugar con una silla de piel y cojines y una vasija de plata con una cazoleta para beber. Sudoroso y exhausto tras aplicar el justo correctivo a los desdichados remeros. Tomo la cazoleta y se la acerco a los labios mientras miraba poderoso a esa masa de fracasados. Apenas bebía pero dejaba que el agua corriese por su boca y se derramase por el suelo.

-¿Alguien tiene sed?.-decía mientras en su rostro se pintaba una risa cruel. Por suerte su tortura psicológica duro poco.

Un infante imberbe bajo con el rostro contraído y blanco como la cal.

-Hay que ir mas deprisa. Nos esta atacando la escuadra de Dragut.

Estábamos muertos, Dragut era destacado corsario y almirante otomano a las ordenes del sultán Soliman. Soliman era un enemigo declarado de

Occidente y seguramente acabaríamos bajo el agua o pasados a cuchillo.

Continuara...

Capitulo 26 "Renacimiento"

Su pequeño cuerpo deambulaba sin rumbo por el camino. Famélico y cansado arrastraba los pies con la esperanza de encontrar cualquier cosa que llevarse a la boca. La muerte negra había azotado su pueblo. Su familia, sus vecinos, todos cayeron ante ese castigo divino. Las fiebres y las toses, las bubas y los esputos de sangre empezaron a ser compañero habituales. Las cruces rojas se acumulaban una casa tras otra. Y los muertos que no morían de la peste se suicidaban estampando su cabeza contra las paredes hasta que se reducían a pulpa. No viendo otra salida el terror se adueño de su corazón y salio corriendo sin mirar atrás. No quería que el jinete de la peste fuese a por él. Se juro a si mismo que no seria presa de la guadaña. Un juramento difícil en tierra de nadie. En un mundo extraño y desconocido que solo iba a descubriendo a medida que sus pasos desbrozaban lo incógnito. Por fin a lo lejos formas conocidas se presentaban ante su mirada. Casas, animales, gentes... Un boceto indefinido de acogida y protección. Llegando ante el deseado lugar descubrió a pocos metros unos zanjias al lado del camino. Una de ellas parecía tener la tierra todavía removida como si hace poco tiempo que hubiera sido apilada allí. Junto a ella otro nicho en cuyo interior caídas por accidente estaban algunas manzanas. El apetito rugió en su estomago al ver tan apetecibles viandas. Tan absorto estaba en las frutas que no vio venir el tremendo golpe que lo elevo por los aires y que lo acabo insertando en el surco con la comida. Con la cabeza dolorida y sangrando era imposible pensar que aquello era una maldita trampa. Intento incorporarse pero su cuerpo se negó y acabo hecho un ovillo mientras la tierra caía sobre el desde distintos sitios...

Alejandro despertó de golpe ante el sueño recurrente se toco su recién afeitada cabeza donde una vieja fractura permanecía como un doloroso recuerdo de su niñez. Volvía a la realidad de nuevo. Miraba la gran plataforma a proa sobre la que había un banco. De allí arrancaba una pasarela que se perdía en la oscuridad. Donde solo veía filas de cabezas mudas. Estaba en galeras y a su lado un gigantón. Su hermanastro cuyo rostro estaba tocado por una mascara que ocultaba su nariz y bordeaba

su boca de la cual solo escapan extraños gemidos. Proyectos de palabras ininteligibles que morían en sus labios porque cuando salían al aire desfallecían y se volvían en flácidos sonidos que se desvanecían ante la incompreensión de sus compañeros. Y así pasaban los días entre heces, muerte, sudor y sufrimiento. Comiendo inmundicias y reservando las fuerzas. Cuando su jornada acaba caía agotado y volvía a la oscuridad de ese oquedad donde llovía barro y arcilla. Recordaba que se hizo un ovillo mientras el mundo se desplomaba sobre él. Sabía que una vez cubierto tendría muy poco tiempo. Pero el pavor también a veces es un buen aliado. Ante de salir de su desaparecido hogar metió entre sus calzas el viejo cuchillo de su abuelo. Con gran esfuerzo fue moviendo la tierra todavía fresca y como si fuese un topo horada la tierra. La noche vislumbro una pequeña manita negra y agrietada seguida de una cabezita. La Madre tierra paria un nuevo hijo que caía derrumbado por el esfuerzo. Aquel pequeño desconocía la locura y la sinrazón. El recelo y la desconfianza hacia que los lugareños preparasen trampas para aquellos que venían de otras poblaciones y los enterraban vivos. Cruel forma de evitar contagios y racionar alimentos. Por suerte la diosa fortuna fue magnánima con este chiquillo que era observado con atención por unos viejos ojos. Unos ojos profundos y sabios que a pesar de todo era capaz de sorprender ante la vileza del ser humano.

Continuara...

Capitulo 25 "Condena"

-¡Padre!! ¡¡Padre!! ¡¡Nooooo!!!!.-mi hermanastro gritaba mientras agitaba el cuerpo sin vida de mi recién conocido padre. En su mascara mortuoria se adivinaba la sorpresa de su abrupto final.

-¿Te has preguntado si los demás tienen miedo a la muerte? Alguien ya no.

Apenas acabo de decir estas palabras y un grupo de infames empezó a rodearnos.

-i No has vendido, maldito traidor!

-Bueno vendido suena muy mal. Digamos que ha sido un intercambio comercial.

-¿A que miserable mercader has dispuesto nuestras vidas, Judas?

- A mi. Y he de decir que ha sido una alianza muy beneficiosa para ambos.

Esa voz, esa maldita voz. Volvía a mi. A mis recuerdos. El Cardenal Gris salía de entre la turba de soldados. Tranquilo, sosegado y amenazador.

A su lado los hombres tomaron posiciones y apuntaron sus arcabuces hacia nosotros. Aquello pintaba mal. No teníamos escapatoria. Nadie saldría de allí para contarlo.

Draco dejó con respeto y cariño el recuerdo todavía caliente de su progenitor. Y avanzo hacia nosotros.

-Ahora vereis como cae un guerrero.

-Naturalmente no he venido solo. Un amigo insistió en acudir a este acontecimiento.

Mis ojos bailaban entre la duda y la sorpresa.

El Cardenal Gris con su elegante mascara blanca con una moneda de oro en la frente quizás invocando a la fortuna o mostrando su status en este

mundo, ocultando su siempre secreto rostro.

Miro hacia atrás oteando entre los soldados que había en su retaguardia y movió la mano animando a alguien para que se adelantara

-Cancerbero, no seas tímido. Unete a la fiesta. Alguien quiere verte.

-¡Oh, mierda, Cancerbero! Ese loco está aquí y desenfrenado. Mi llagado traidor sonreía ante mi congoja y desconcierto.

-Vaya, vaya. El títan loco viene a por ti. ¡Uhh, que miedo! Ja, ja, ja.

Cuando me di cuenta mi cuerpo volaba en el aire. Al caer al suelo todo fue humo, pólvora y balas.

Después la oscuridad.

Un manojito de dolor y un tintineo fueron los primeros avisos de que volvía a la vida. Sentía el frío suelo y a mi lado una especie de fardo. Intente incorporarme pero algo tiro de mi tobillo. A duras penas me incorpore y vi una cadena con una argolla que nacía en la pared y moría en mi pierna. No estaba solo. Alguien unido a mí me daba la espalda. Deduje que por su consistencia y fortaleza solo podía ser Draco.

-¿Draco? ¿Draco? ¿Estas bien?

Mientras decía esto le di la vuelta para ver su estado.

-¡Dios santo!

-Si, no ha quedado muy bien. ¿Verdad?

Gire mi cabeza hacia donde venia esa voz. Era nuestro traidor.

-Como sabes Cancerbero es bastante efectivo en su trabajo. Me imagino que como estabas inconsciente no sabes lo sucedido.

Intente acercarme a ese malnacido pero un fuerte tirón me recordó lo limitado de mis movimientos.

-El grandullón te protegió pero no era una amenaza para esa bestia. Lo cogió, lo inmovilizo y zas...

Ese zas que tan alegremente decía englobaba que Cancerbero reducio a Draco y de un tajo secciono su nariz y la lengua.

-Pero no te creas que fue el único que salio malparado. Un pobre desgracio que se animo a ayudarlo mientras le sacaba la lengua para ayudarle no volverá a coger una espada en su vida. Bueno ni nada mas. En fin, gajes del oficio.

Mientras decía esto hablaba como si fuese un suceso sin importancia, algo nimio que tuviese fácil solución.

- Bueno te dejo creo que tienes visita. Luego nos vemos.

Y se marchó como si fuésemos dos buenos amigos que en un rato nos volviéramos a encontrar en cualquier taberna de mala muerte.

-Hola, Alejandro.

Una voz profunda y gutural llenó la celda. Y mi cerebro empezó a mostrar imágenes de torturas, veneno y pérdidas amorosas.

-Siento lo sucedido. Yo no entre en tu vida, tu entraste en la mía.

Dos sicarios aparecieron de la nada. Eran enormes y grandes. Me asombro que su mirada era neutra, mostrando sus ojos sin vida pero sus cuerpos se movían con una facilidad como si aquello no importara. Abrieron la celda y me sacaron de mi confinamiento. Agradecía que al menos por un momento me librasen de aquel grillete.

Subimos por unas escaleras y llegamos al puente. Allí vi la magnificencia de aquel barco. Un palacio flotante de mármol. Ni en mis sueños más lujosos hubiera imaginado tal derroche de ostentación y opulencia. Todo ello unido a la grandiosidad de su tamaño. Un barco de 70 metros de eslora y 20 de manga. Eran tan largo como 14 elefantes uno detrás de otro. El Cardenal Gris se mostraba orgulloso de su obra.

-Si no te hubieras inmiscuido en el atraco a aquel comerciante no habrías obtenido mi atención.

Aquel hombre portaba una importante información y tú desbarastaste todo el plan. No sé si fui algo consciente o no pero ya no importa.

-¿ Porque me cuenta todo esto?

-Simplemente quiero que disfrutes del sol ya que sera la ultima vez que veas la luz del día. Tu y ese tullido vais a galeras de por vida. Comerás, respiraras, vivirás y morirás en la oscuridad. En el vientre de un hediondo barco hasta que no puedas mas y cuando eso llegue seras pasto de los peces.

Acompañado por los dos guardias me dirigía de nuevo a mi cautiverio. Pensé en escapar pero por una parte la sombra de Cancerbero pesaba sobre mi espalda y por otro no quería dejar solo a mi hermano.

-¡Llevaoslo!

Una mascara me miraba imperturbable pero mientras me alejaba veía una sonrisa de satisfacción.

Una sonrisa que tarde o temprano iba a borrar cuando rompiese ese cascara que la ocultaba. Ese hombre tenia poder y me la había transferido. Era el poder de la venganza la excusa perfecta para aguantar mil tormentos. Una razón para vivir hasta el limite. Ahora tenia una misión.

Continuara...

Capitulo 24 "LLagas y pustulas"

El recién llegado mostraba un cuerpo lleno de bubas y pústulas. Cualquiera roce en su herida, su aliento, la cercanía significaba un muerte segura lenta y dolorosa.

Mientras nos miraba a todos con un odio visceral. Saca su espada y deslizo la hoja por las heridas que tenia en su cuerpo. Ya de por si era mortífero luchar con este desequilibrado ahora había subido el nivel de su ponzoña. El mínimo roce de su hoja con una herida abierta era una sentencia de muerte.

- Vamos, ¿quien es el primero?. No dicen que somos todos de la misma sangre puesto esto no creo que signifique ningún problema.-mientras decía esto mostraba el arma con la sangre resbalando por su filo.

Draco iba a adelantarse para acabar con la amenaza. Su odio deformaba su rostro y su voz era un cumulo de emociones.

-Vamos a terminar con esto de una vez por todas.

No podía permitirlo. Draco era necesario en las empresas de mi padre. Dando un paso adelante me interpuse en su camino.

-Dejame a mi. Si muero vengame y cuida de padre.

Una risa estridente sonó a nuestras espaldas a la vez que unos aplausos rompían la intensidad del momento.

-Enternecedor pero nos preocupeis dentro de un momento tendréis una celebración o... un funeral. Veamos que nos depara el destino.

El renegado se puso en guardia con una sonrisa triunfa. Después se puso plantado de forma firme con los pies rectos. Alejandro noto la energía de su contrincante en cuanto las hojas se tocaron. Vibraban nerviosas lanzándose golpes y amagos aguantando la respiracion. La mejor manera de enfrentarse a su rival era mantenerse en su sitio aguantando todos los asaltos donde se juntaban los jadeos y las fintas que cortaban el aire. Su enemigo tiraba un amago en corto detrás de otro a lo que el joven respondía con una leve inclinación del ángulo de la guardia, así tapaba y

bloqueaba cualquier entrada. Estocada tras estocada buscando el pecho o los riñones. Ya que aunque solo fuese la primera sangre el resultado seria fatal. Esto obligaba a estar muy atento a Alejandro. No quería acabar con un pulmón perforado y escupiendo sangre. Por dos veces detuvo la entrada en tercera. Amagando y desviando. Se olvido de los tensos espectadores que como convidados de piedra permanecían detrás de él expectantes. A punto estuvo de ensartar a su rival pero increíblemente se deshizo en un ágil movimiento que dejo al joven expuesto. El acero paso rozándole justo donde acaba de estar. Alejandro paro un momento. Sabia que podía estar mucho tiempo así ambos eran espadachines consumados y el triunfo no vendría de su pericia sino de la suerte y el cansancio. Hastiado lance mi espada contra él. Sumido en seguir la trayectoria de la amenaza aérea no se percató de que iba otra mas. Mas peligrosa y enfurecida. Por suerte mi treta dio resultado. Salte con todas mis fuerzas pillándole indefenso. Lo tire contra el suelo me abalance sobre su cuerpo. Empecé a golpearle la cara.

Sonriente me miro.

-Veo que no tienes miedo a la muerte.

-No cuando esta resulta falsa. Al principio no me di cuenta pero luego lo vi. Tus bubas y tus pústulas son tan falsas. Este truco ya lo he utilizado antes. No sudas, ni toses. Y tus movimientos son rápidos para alguien que esta al borde de la muerte.

-¡Oh, eres un tipo listo! Pero yo también tengo algunos trucos en la manga.

Un disparo rompió nuestra conversación. El renegado no mostró sorpresa solo un gesto seguro como diciendo: Lo ves.

-Como te dije tendréis un funeral que celebrar. ¿Sabes? Nunca empiezo una guerra que no puedo ganar porque por suerte el diablo siempre cuida de los suyos. Y yo soy uno de ellos.

Continuara...

Capitulo 23 "La Llegada"

Por suerte los dioses nos fueron favorables ningún percance perturbo el resto del viaje. Todo esto contribuyo a mi rápida recuperación y conocer mejor a mi recién llegado padre. Quizás no recuperemos el tiempo perdido pero si sirvió para hallar la manera de compensar el que nos

quedaba. Supe que mi promiscuo creador me había regalado mas hermanastros aunque el mismo reconocía que dada su agitada vida no sabia cuantos y algunas veces desconocía si eran suyos o no.

Allí donde nos dirigíamos estaba uno de tantos. A medida que ese hilo invisible que atraía el barco hacia puerto yo estaba hecho un mar de dudas. No sabia como afectaría en nuestra relación el conocer otros como yo. Y si dicho hermano aceptaría de buen grado mi llegada y que pensaría que un total desconocido usurpase su sitio. Por suerte en breve todas estas incógnitas quedaran desiertas.

Tras el aviso del vigía la isla apareció en todo su esplendor. Un vergel denso se extendía ante nuestros ojos como si fuese un paraíso en la tierra. Un lugar donde la belleza escondía una verdad a medias.

Porque por mucho que mi padre negase la existencia de enfermos y moribundos abandonados dentro de mi algo decía que en el fondo esa tragedia se palpaba en el aire. Finalmente llegamos a una cueva natural escondida tras la vegetacion. Un sitio perfecto para esconderse y no ser nunca descubierto.

Que además contaba con el tamaño adecuado para que un barco de estas dimensiones navegase sin peligro. Al acabar nuestro trayecto un grupo de hombres nos esperaba delante de ellos un gigante inmenso lleno de tatuajes me miraba con curiosidad. Era sorprendente. Enfundado en su cuerpo iba una especie de chaleco de cuero donde descansaban varias puñales siniestros que cruzaban su pecho.

-Ese es mi hijo y tu hermanastro Draco.-me contó mi padre emocionado. Por desgracia el tal Draco no mostraba tanta alegría.- Se ganaba la vida como luchador en peleas ilegales. Allí fue donde lo encontré.

Pensé que no lejos de donde lo debió concebir. Burdeles, lupanares y arenas de lucha donde todo vale. Realmente nuestro mundo no era muy distinto. Una vez dispuesta la rampa bajamos al encuentro de nuestra comitiva. El patriarca extasiado por la reunión alzaba los brazos y corría al

encuentro de su vástago. Tras el caluroso abrazo llegó el turno de nuestras presentaciones.

-Te presento a Alejandro, tu hermanastro. Este es Draco.

Aquella torre de músculos me abrazó con una sonrisa que helaría el infierno y acercándose a mi oído recibí su calurosa acogida.

-No eres bienvenido, hermano.

Después se giró con grandilocuencia alzó los brazos y miró a todos los acompañantes.

-Hoy es un gran día ya que el destino nos ha traído uno de los nuestros. Uno que lleva la sangre que nos une. Ese vínculo bastardo que nos ata con la cadena del más perverso y mujeriego pirata que conocen en estas aguas. El gran Laurens de Graff.

Todos vitorearon su nombre. Mientras mi hermano se daba la vuelta y descubrí que tenía las espaldas bien cubiertas. Dos machetes descansaban enfundados. Pensaba que este hombre tenía que ser así para llevar semejante peso en metal.

-Creo que será mejor que os adelantéis y descanséis ha sido un largo viaje. Nosotros nos encargaremos de todo. Ya tendremos tiempo de conocernos.-dijo Draco.

Ese conocernos no me sonaba muy bien. La verdad no tenía muchas ganas de estar a solas con mi hermanito. Supongo que su concepto de estrechar amistad sería achicar mi cuello con sus manazas.

-Sabia elección, hijo mio. Este viejo necesita reposo ya no es el bravucon de antaño y Alejandro todavía no esta recuperado de su accidente.

Torturarte, envenenarte y enterrarte es una descripción muy ligera de accidente. Pero ahora no tenia ganas de entrar en diatribas lingüísticas.

Mientras andábamos un hombrecillo menudo de piel aceituna y pelo pegado venia corriendo. En sus ojos había terror y gritaba escandalizado.

-¡Amo! ¡Amo!

Cuando llego a la altura de mi padre se arrodillo ante el y empezó a besarle la mano. La verdad que el gran Laurens tenia una isla para el solito pero nunca me hubiera imaginado que lo tuviesen como una deidad.

-Domeinos, tranquilizate. Y deja de besarme no soy una maldita ramera en celo.

El pobre hombre aturdido se paro de repente y miro a mi padre.

-Ya viene, amo.

-¿Quien viene?

El recién llegado se quedo blanco y mudo sin saber que contestar.

-Maldito idiota. ¿Quieres que lo adivine? No tengo todo el día.

Tras escuchar esto se levanto como un resorte y se pego a su oreja. A medida que hablaba el rostro del dios iba cambiando de color y crispandose. Tal era su furia que tiro al suelo al pobre Domeinos y en un instante tenia el filo de una espada a milímetros de su cara.

-Dije que jamas volvieses a decir ese nombre bajo pena de muerte.

El condenado se llevo las manos a la cara. Suplicaba y lloraba.

-Perdón, amo. Pero no sabia como decírselo.

-Esta bien levanta sabandija y ayuda a los demás.

Draco dándose cuenta de lo que estaba pasando se acerco hasta nosotros y nos miro de forma grave.

Laurens cogía por ambos brazos al gigantón y lo miro intentando tranquilizarle.

-El Renegado viene hacia aquí.

Al oír este nombre el hombreton se desprendió de su padre y lo miro con la ira de un titan.

-Te lo dije.

Mientras señalaba a su padre.

-Tenia que haberlo matado cuando tuve oportunidad. Es una víbora y ahora trae su veneno.

-Amo, mirad allí.

Un hombre vestido con un sayo de franciscano y portando una espada bajaba de forma tranquila y pacifica como meditando. A pesar del calor su cabeza se escondía tras una capucha. No entendía como alguien podía ir totalmente cubierto en un día tan caluroso.

Draco echo mano a sus machetes dispuesto a zanjar el problema de una vez por todas. Saco sus armas y las cruzo delante de su pecho.

El renegado con su paso cansino llego hasta nosotros. Era un tipo atletico y musculoso pero delgado y fibroso.

-No esperaba este recibimiento por parte de mi padre y de mi hermano. Y menos ante un desconocido que no nos ha sido presentado.

-Tu ya no eres nuestro... digo mi hermano.

-Ops, vaya no sabia que teníamos reunión familiar. Si lo llego a saber me hubiera puesto mis mejores galas. Veras he visto como fondeaba el barco

y tenia curiosidad ante tanto jaleo.

-Marchate o muere.-dijo Draco levantando sus machetes.

-¿Esto es lo que quieres, hermano?

-No eres mi hermano. Nos traicionaste. ¿Lo recuerdas?

-Bueno, no hablaba contigo. Pero nunca se decir no a un buen duelo antes de comer.

El renegado se giro dándonos la espalda se alejo unos pasos hasta llegar a un árbol cercano.

Tranquilamente se quito el sayo quedandose con unas ridículas calzas que tapaban sus verguenzas.

-Veamos lo valiente que eres.- decía mientras nos daba la espalda.

El retado se volvió y Draco quedo petrificado ante lo que mostraba su oponente.

-¿Aun quieres seguir con esto, grandullón?

Continuara...

Capitulo 22 "Respuestas"

Cuando abrí los ojos mi mundo había cambiado. Era como la pésima versión de un conquistador en una nueva tierra. Mecido en un camastro y en un lugar que no conseguía identificar. A mi lado un viejo con un raído traje como si fuese un pirata en la ruina. Su rostro ajado y cansado con esos ojos que demuestran que han visto mucho y quizás demasiado. Arrugas que se ganan con la desesperanza y la vida dura. Donde la sabiduría y la experiencia se gana a base de golpes traicioneros y puñaladas inesperadas. Por extraño que parezca me miraba con un amor infinito como si fuese alguien a quien apreciase mucho. Quizás era aquella estancia, donde la luz nos inundaba dando una sensación de paz que hacia tiempo que no conocía.

-¿Donde estoy?

-Estas a salvo.- dijo el hombre.

A salvo. Eso era un concepto muy ambiguo. ¿A salvo de que? ¿de quien? ¿Como puedes estar a salvo cuando no sabes donde estas?

-¿Es un barco? ¿como he llegado aquí?

El hombre se llevo un dedo a los labios mostrándome varios anillos que portaba orgulloso fruto de muchas batallas ganadas.

-Sssh... Ahora debes descansar. Ya tendremos tiempo para ponernos al día y responder tus preguntas. Se que quieres respuestas pero estas muy débil.

-¿Y los demás?

El negó con la cabeza y la bajo en señal de duelo mientras cerraba los ojos. Presa de mis sentimientos me dejo solo. Sabia que mi duelo era algo privado e intimo. En soledad llore y desterré las lágrimas de mis ojos a medida que pasaban los días y el vigor entraba como un torbellino por cada poro de mi piel. Hasta que por fin logre levantarme y pude mirar cara a cara a mi cuidador. Era tiempo de saber, de llenar las lagunas de mi mente.

Suspiro profundamente como si estuviese a punto de quitarse un gran peso de encima. Un peso que debía llevar mucho tiempo hundiendo en el fondo de su corazón.

-Se que va sonar estúpido...-sonrió con amargura.- La verdad es que no se por donde empezar. Mi nombre es Laurens de Graff. Era parte de los Mendigos del Mar un grupo de corsarios que atacaba a mercantes extranjeros gracias al beneplácito del rey y la Iglesia.

-¿Eres un pirata?

-Ahora si. Fue el corsario mas joven y temerario de la flota. Pero la envidia es un gran activo y alguien me traiciono. Huyendo de aquí para allí conocí a tu madre. Por desgracia mi herencia es la muerte para mis seres queridos y fue apresada por complice para después ser ejecutada por traidora. Por suerte fue lista y antes de que la apresasen te escondió en un lugar seguro. Tenia buenos vecinos...

-¿Eres, eres mi padre?

-Si, siempre seguí tus pasos gracias a mis contactos. Supe de tus andanzas en la guerra y tu vida vagabunda. Pero aun asi no se tu

nombre, ¿como te llamas?

-Nunca tuve un nombre. Mi madre siempre me llamaba con apelativos cariñosos y los vecinos me decian chico o muchacho. A medida que fue creciendo fui cambiando de nombres. Ya sabes la milicia, el juego, las deudas...

- Tu madre se llamaba Alexandra. Me encantaba ese nombre. Un nombre que me recuerda a su perfume entre otras muchas cosas. Creo que seria un homenaje a esa gran mujer que ambos conocimos llamarte Alejandro como el conquistador.

Mientras decia esto miraba al infinito. Un tiempo pasado donde tenia a la mujer que amaba y era el terror de los mares.

-Alejandro es un buen nombre me gusta. Me gusta tener algo que me evoque a ella.

-Era una gran mujer.

-¿Porque hasta ahora no he sabido de ti?

-No podía acercarme a la ciudad y si alguien sospechaba podía apresarte. A ti, a mi...

-¡¡Nunca me ayudaste!! ¡¡Ni te preocupaste por mi!!

-Eso no es cierto. Mis amistades siempre trabajaban en tabernas y

lupanares . Te observaban y te vigilaban. Nunca te faltó una cama y una comida.

Era cierto. Ahora comprendía muchas cosas. No era mi encanto personal lo que me ayudaba en tales sitios.

-Creo que el Cardenal Gris fue quien urdió mi caída y te descubrió. Cuando te apresaron conseguí meter a uno de los míos. Fue quien te administro el veneno antes de ser interrogado. Tan solo hacía falta parecer muerto para sacarte.

-¿ Y la chica? ¿Honor?

-Cuando te desenterramos había otro cuerpo, una mujer. Le habían quitado la cara. Supongo que sería ella.

La ira encendió mi rostro y cerré mis manos hasta que sangraron. No sabía explicar lo que sentía pero quería matar a ese cardenal y tener su cuello entre mis manos.

-Ahora vamos a nuestro refugio a Isla Peste.

-Esa es la isla donde mandan a los enfermos y moribundos a morir.

-Si, bueno... es una vieja leyenda de la que me siento orgulloso. Así nadie nos molestará.

-¿Para que? Ver como me envejezco y mi cuerpo se enmohece. No deja

de ser otra cárcel.

Mi padre me guiño un ojo y saco una extraña llave con una empuñadura con forma de ocho.

-Tengo un plan. Es hora de preparar nuestra venganza.

Continuara...

Capitulo 21 "Exhumación"

-¡Cavad cavad, malditos!-aquella cavernosa voz proveniente de la bestia de ébano cortaba el silencio de la noche.

Mientras porciones de tierra volaban hacia al aire abandonando su vertical posición.

-Pero señor, ¿porque no hemos acabado con esos malnacidos cuando hemos llegado?.

-¡Maldito idiota! Cuando subas aquí cogeré tu enclenque gazzate bebedor de ron y me haré un catalejo con el.

El afectado trago saliva y callo mientras aceleraba su trabajo. Pasados unos instantes algo apareció en la fosa lo bastante interesante para que el hombre volviese hablar.

-Señor, aquí tenemos algo.

El gigante asomó su cuerpo al abismo.

-¿Hace falta que te pregunte? ¿O me vas a mantener en ascuas hasta que tu cerebro decida funcionar?

-Esta boca abajo. Espero que le de la vuelta.

Un segundo después el misterio era desvelado.

-Por los pechos de Sorley...

-No seas maleducado. Un poco de respeto a los difuntos.

Acerco una pequeña luz al fardo desenterrado.

-Es una mujer con un vestido de tabernera.

El jefe indicó un gesto con su mano y al instante dos mandados bajaron para subir el cuerpo. Al levantarlo se dieron cuenta de un horrible hecho.

-¡Dios Santo! No tiene cara... Se la han arrancado. ¿Quién es capaz de hacer algo tan mezquino a una mujer?

El de arriba permanecía impassible sabiendo la respuesta. Sabía que iba

por buen camino.

-¡Esperad aquí hay otro!

-¡Pues claro, ese es el que nos interesa!

Finalmente lograron sacar el segundo cuerpo del agujero. Y lo dejaron con cuidado en un carronato. Mientras la malograda mujer era engullida de nuevo por el oscuro nicho para su descanso eterno.

Todos se acomodaron en el desvencijado vehículo y con la complicidad de la noche fueron alejándose del lugar.

-¿Es posible que este hombre este vivo? ¿Y porque lo enterrarían?

Un cuchillo rasgo la garganta del curioso ante su sorpresa. El titan se levanto y propino una patada que lanzo a su víctima a la cuneta. Después se sentó y miro a los demás.

-¿Alguna pregunta mas?

Los aludidos se miraron silenciosos y después al jefe. Mostraron su mas absoluta indiferencia y volvieron a mirar al suelo sumisos. Nada les importaba mas que sus vidas. Para ellos aquella noche nunca había existido. Fueron acercándose al puerto y llegaron al punto mas lejano donde una imponente galeón esperaba su momento para hacerse a la mar.

Por fin alcanzaron la entrada del barco donde una rampa esperaba su

ansiada carga.

No tuvieron tiempo apenas de aligerar el carro cuando un hombre con una inusitada urgencia se situó apenas sin resuello a su lado. Preocupado miro a la negra montaña directamente a la cara intentando hallar una respuesta sin palabras. Una cara impasible le devolvía la mirada. Ante la ausencia de una resolución satisfactoria pregunto:

-¿Que tal esta mi hijo?

Continuara...

Capitulo 20 "El Cardenal Gris "

Por fin puedo descansar después de una sesión estéril en la Sala del Juicio puedo quedar solo a merced de mis pensamientos. Pensamientos que me retrotraen a un pasado no se si mejor pero en cierto manera mas tranquilo. Por desgracia ya no queda nada de mi, de ese jovencuelo inocente que la vida mancillo de la forma mas cruel. Parece que todavía suenan en mi mente los golpes del herrero forjando aquellas espadas esperando el momento de que acabase su jornada. Para así avivar otro fuego, el fuego del amor. Mi amada y maldita Ana. Todavía me sigo estremeciendo al recordar su cuerpo. Hasta que llego aquella noche. La noche de la tragedia. Como siempre Ana y yo nos mecíamos acurrucados por nuestra pasión. Ajenos a todo su padre llego, quizás imaginando nuestras citas o temiendo que fuesen ladrones. La ira estallo convulsionando su cara y arrojándonos su furia sobre nosotros. Ana temerosa me acuso de que la había intentado violar obligandola a entrar en la herrería para consumir mi lujuria. Yo también tenia algo que decir y acuse a su hija de ser la perdición de los hombres. No pude acabar la frase un liquido ardiente beso mi cara. El dolor dio paso a la locura. Medio ciego cogí una espada y empecé a dar golpes sin saber donde.

Hasta que oí que algo caía como un fardo. Pensé que era un saco pero craso error al oír un grito inhumano. En mi imprudencia la cabeza de mi amada caía cortada por mi arma. Triste visión para el padre. Vino hacia a mi en busca de justicia pero una de sus obras acabo insertada en su estomago. Debía huir y no dejar ningún rastro, a duras penas incendie la herrería y huí a través del monte. Con el miedo como único compañero y sin saber a donde ir. Era un asesino y mi destino era la horca. Ande y

ande sin parar hasta caer desfallecido. Cuando desperté estaba en una especie de habitacion abovedada. A mi lado otro muchacho como yo con una mascara. Curioso me levante y intente hablar con el. Estaba muerto y frió. Tome su mascara y vi su rostro desfigurado y podrido. Limpie la mascara y me la puse. Decidí vender cara mi vida. Salí a por todas. Pero no me esperaba semejante recibimiento. Un monje se sorprendió al verme y me llevo a la cocina saciando mi hambre. Pensaba que era el muchacho de la mascara. Nadie sabia mi secreto. Por fin pude dormir tranquilo y bajo techo. Al día siguiente el horror de los demás muchachos, novicios la mayoría se instalo en sus rostros pensaban que seria Lázaro resucitado. Consiguiendo sin quererlo un respeto y temor que fue de gran ayuda. Lo demás es fácil de entender.

Los monjes vieron en mi un joven con un gran potencial y futuro. El estudio era como parte de mi y la ambición se instalo en mi corazón. Poco a poco fui subiendo peldaños en la jerarquía tras abandonar el monasterio. Nunca abandone mi mascara y muchos piensan que la llevo para ocultar mi deformado rostro o quizás ser el hijo bastardo de alguien importante. Pero todo eso no es importante. Solo tengo que ver cuando me miran por primera vez y leo sus ojos desconcertados y asustados. Entonces siento que ya los tengo en mis manos. Con el tiempo fui adquiriendo diversas mascaras y también la extraña afición de arrancar la cara de mis enemigos y disecarlas para que fuesen parte de la Sala de los Condenados. Allí llevo a quien se lo merece y me oculta sus secretos. Pero en el fondo solo soy un cardenal al servicio de la Iglesia y espero que el día que abandone este cascaron el Señor recompense mis humildes servicios. Esta es mi historia y como gracias a los renglones torcidos de Dios he llegado a ser su servidor mas leal.

Continuara...

Capitulo 19 "Obito"

Tras arrastrar mi inmundicia por varios pasillos por fin pareció que era el momento de llegar a nuestro destino. Nos paramos y oí un fuerte golpe en una madera. Apenas se demoraron, un seco chirriado anunciaba que una gran puerta nos invitaba a visitar su interior. El silencio era intenso pero se palpaba cierta tensión. Pensaba que seria una visita privada pero pude notar que mas personas estaban acompañandome. De una forma digamos poco educada me animaron a sentarme. Mi capucha no me ayudaba

mucho a adivinar donde estaba mi sitio pero los amables guardianes fueron unos excelentes anfitriones tanto que dado mi estado no olvidaron ningún detalle, incluso unos grilletes que abrazaron mis muñecas para que no pudiese caerme y lastimarme.

Un chasquido de dedos indicaba que todo iba a empezar. Mi venda subió por los aires y la luz ahogo mis ojos mientras una voz firme nos servía de guía para centrar nuestra atención. Mientras los guardas hecha su función abandonaron el lugar dejandonos en buena compañía.

-Bienvenidos a la Sala del Juicio.

Al aclararse mi visión y mis ojos dosificaron la luz entendí a que se refería tan siniestro personaje. Un cardenal con ropaje gris y una máscara que cubría su rostro.

La imagen daba pábulo al verlo alimentando el terror mas profundo.

Era una enorme sala sin ventanas y llena de lamparas dando una sensación tétrica y angustiada. Decorada de una forma extraña ya que donde yo me encontraba había pintado llamaradas y un vivo fuego que parecía abrasarme hasta el alma, el Infierno. En la mitad una gran franja blanca partía en dos la estancia, era una especie de tierra de nadie llamado Purgatorio. Y al fondo los dueños y señores. La justicia, quienes deciden nuestro destino arropados por un extenso mural lleno de nubes y un cielo azul, estaban en el Paraíso. En su trono celestial el onnipotente Cardenal Gris acompañado a su diestra por un misterioso personaje envuelto en un sayo y con su cabeza oculta por una capucha y al otro, Garriga, mi cuenta pendiente.

Para mi sorpresa dos conocidos se hallaban en la misma situación. Don Pedante o mi odiado Luis Hernandez y mi querida Honor. Ambos encadenados a la pared con gruesos grilletes. Nuestras miradas de sorpresa se entrecruzaron dando paso a la incredulidad y al mas hondo

sentimiento de derrota. El cardenal tenía todos los ases en su mano. Juez, jurado y verdugo.

Su eminencia nos sonría con cruel triunfalismo sabiendo que la escapatoria no era una opción. Mientras acariciaba a un feo y escuálido perro que ladraba sin cesar como si fuese el mismo Cancerbero y en cualquier momento fuera a echarse sobre nuestros cuellos desbrozándolos como si fueran ramas podridas.

-Tranquilo, Garrapata. Tranquilo.- dijo mientras tranquilizaba a la bestia.- Bien señores. Creo que todos nos conocemos sino no estarían en esta situación pero por si acaso. A mi lado tengo a este curioso caballero embozado que es un espía a mi servicio y que justificara argumentos para que sepan el motivo de su juicio.

-Esto es una farsa.-grito Honor, mirando con rabia al cardenal.

El cardenal se levanto soltó a Garrapata que vino como una exhalacion a ladrarme mientras con débiles patadas intentaba quitarmelo de encima. Ya que no queria que mi tibia fuera su almuerzo.

-Argggghh!!!.

Alze la vista y vi un guante goteando sangre lentamente mientras el rostro girado de Honor mostraba la agresión sufrida de una manera profusa y contundente.

-Espero que no haya mas interrupciones. O el castigo por desacato sera mayor. Vamos, Garrapata.

Por desgracia nunca se me dio bien cumplir las ordenes de la autoridad.

-¡Eh, tu! Si a ti te digo, Carnaval.

El ofendido se giro y su vista fulmino mi mirada. Lentamente se acerco a mi mientras intentaba quitarme las cadenas. Algo impensable pero que quedaba muy dramático.

Su mascara quedo a pocos milímetros de mi rostro. Sentía su respiracion agitada y nerviosa como la de un toro a punto de embestir. Entonces rasgo mi ropa dejando al descubierto mi herida. Se quito el guante ensangrentado y quedo al descubierto una mano quemada.

Sin hablar metió su dedo en la lesión y lo giro en ambos sentidos. De mi boca salieron gritos y chillidos. Después de esta demostración nos miro a todos de forma dura y indiferente y regreso mientras que el animal que le acompañaba dejo de soñar con mi pierna y como un perro volvió siguiendo a su amo que volvía al paraíso para seguir el proceso.

-Y como les decía a mi izquierda el señor Garriga el cual creo que ya conocen.

Garriga me dedico una amplia sonrisa y un cortes reverencia.

-Y ahora sin mas preámbulos que comience el juicio.

Mi visión empezó a ponerse borrosa, la respiracion me fallaba y la sensacion de ahogo era mas palpable. Mi garganta y mi boca se llenaban de bilis. ¿Que me pasaba? ¿Que sucedía? Que importaba. Me sentía mas ligero, como si mi cuerpo fuese un lastre al que dejar varado. Oía la voz de Honor. Dicen que los que van a morir tienen un ultimo momento de lucidez aunque el mio ha sido demasiado corto.

-¡Se esta muriendo!. ¡Ayudarle, por favor!.

Solo oía voces atropelladas y nerviosas. Otra vez esas malditas pisadas. Mientras los espasmos aumentaban y no era dueño de mi cuerpo.

-Guardias, guardias...

El portón se abría quizás era el camino hacia el Creador o al mas profundo olvido.

No sentía nada.

Garriga miro de forma grave al cardenal mientras sujetaba un muñeco surtidor de babas blanquecinas.

-Esta muerto.

Continuara...

Capitulo 18 "Un mal despertar"

Oscuridad... oscuridad en toda su plenitud me devoraba, me tragaba, me engullía. buscaba un lugar, un punto, un sitio que me sirviese de referencia pero era un mundo en negro y negro. Sin saber hacia donde iba o venia. La eterna nada teñida de colorida angustia.

Voces???

-Cre... q..e vi..ria

Unos pasos parecían alejarse hacia ninguna parte. Intente alzarme con lo que quedaba de mi, una materia incorporea pero fui incapaz de hallar al paseante.

¿Donde estáis?

¿En mi mente?

¿En algún lugar?

¿Acaso es esto la muerte? ¿Vagar entre las sombras?

-No ..ar..e gr..e

Otra vez las voces.

Serán otros como yo perdidos en esta noche eterna. Intente gritar pero la muda voz era todo lo que emitía. Quizás ya no tenga cuerpo.

¿Luz?. Un resquicio de luz. Una pequeña esperanza. Acaso he vuelto nacer en algún remoto lugar del infierno. Mientras parecía despertar sin saber donde un ser, un humano maltrecho me miraba de forma inquisitiva como esperando una señal. Con grandes dolores gire mi cabeza y entre las sombras vi artefactos que solo un demonio podía tener. Esto debía ser el castigo que me esperaba por mis acciones terrenales. Como un nuevo Prometeo me imaginaba una tortura hasta el fin de los tiempos y mi cuerpo sanando de nuevo para ser torturado una y otra vez. Allá por donde mirase solo veía cuchillos, navajas, serretas, escalpelos. Asustado

gire mi vista hacia otro lado. Martillos, agujas de coser con hilo de tripa, trapos sucios, una palangana...

Volví a cerrar los ojos pensando que mi éter podría viajar a otro lugar. Pero no fue así. La noción del tiempo carecía de sentido para mi

Su gastada voz me llegaba clara y nitida.

-Ese Garriga te ha dejado un buen sello. Pero tranquilo saldrás de esta.

Garriga debió morir también y hemos caído en el mismo averno.

A duras penas intente incorporarme y vi un cuerpo sangriento de rotos ropajes. Era el mio. Sobre mi pecho un paño carmesí daba fe de la titánica lucha por mi vida.

-Sabia muy bien donde clavar su acero. Ha sido una herida limpia. Un poco mas abajo y...

No dijo nada mas pero el gruñido que dio daba a entender que mi rival sabia perfectamente lo que quería. Cogerme vivo.

El patizambo se giro por un instante y me ofreció una taza de agua. El ansia por el liquido hacia que casi me asfixiara.

-Tranquilo, tranquilo. No hay prisa. Vas a tener tiempo para recuperarte.

Otra vez los pasos pero esta vez mas apresurados. Alguien tenia mucha prisa. Eran dos soldados con gestos de premura y cariacontecidos.

-Quita verdugo. Venimos a llevárnoslo.

-Pero esta muy débil. No aguantara..

-Acaso quieres contradecir al cardenal.

-No, no.- tras esa voz un hombre asustado intentaba no contradecir a su terrible amo.

Me levantaron como si fuera una pluma y entre los dos me llevaron medio arrastrándome. Sentía como mis flácidas piernas se arrastraban inútiles por el suelo. Inermes como el resto. Estaba claro que no les importaba mi estado. Solo lo que pudiese contar que no era mucho.

-Vamos, rufián. Tienes una audiencia con el Cardenal Gris. Y no queremos que llegues tarde a la cita. Tus amigos ya están allí deseando soltar la lengua. iiiJajajaja!!!

A la par que decian esto un capuchon negro me devolvía la ceguera. Por lo visto querían una entrada de lo mas dramática y seguro que iban a tener lo que buscaban aunque fuera mi ultimo acto.

Continuara...

Capitulo 17 "Una piedra en el camino"

En aquel espacio cerrado la espada no me serviría de mucho. Era una temeridad pero me daba mas rapidez de movimientos. Guarde mi espada ante la cara de sorpresa de mi rival que de pronto cambio en un rostro de sonriente perversidad. De nuevo vi esa falsa seguridad. Mientras con mis manos le animaba a que viniese a por mi.

-Tienes la misma actitud que te facilito que una piedra embelleciese tu rostro.

Algo que se aprende en esta situaciones es que desconcertar al rival ayuda a despistarlo y pillarlo con la guardia bajada. Recordé una canción y empeze a cantar.

iAy! linda amiga

Como un toro en celo vino a mi encuentro. Intento ensartarme. Momento que aproveche para apartarme y cuando paso a mi lado lo cogí por la muñeca tirándolo hacia delante y golpeándole en la nuca.

iQue no vuelvo a verte!

Gracias a este movimiento su cuerpo acabo estrellado contra la pared quedando su espada tronchada en la pared.

iCuerpo garrido

que me llevas la muerte!

Se giro y me miro mientras se limpiaba su sangrante nariz.

No hay amor sin pena,
pena sin dolor.

-No sabéis bailar, Garriga. Habéis perdido el paso.

Ni dolor tan agudo,
como el del amor.

Iba a levantarse cuando mi puño lo impulso por la ventana.

Ni dolor tan agudo,
como el del amor.

Cantaba mientras me acercaba a la ventana.

Levanté me madre,
al salir el sol.

Apenas asome el rostro para ver donde estaba el indeseable cuando una mano con una navaja intento cortarme la cara. Justo me vino para esquivarlo agarrarlo por la espalda y de un violento impulso meterlo en la habitación. Aprovechando que estaba tumbado boca abajo me eche sobre el indomable pero no sirvió de nada. Con una fuerza inusitada se levanto y

recolo hasta aplastarme violentamente contra la pared.

-Ya no cantas, castrato.

A duras penas le tararee en su oreja ensangrentada.

Voy por los campos verdes

a buscar mi amor.

Mientras le golpeaba violentamente en su cintura con severos golpes que hicieron que aflojara la presión y cayera hacia delante. Intente echarme sobre su cuerpo para rematar la faena pero como un gato salvaje se giro y su arma volvió a pasearse delante de mi como mostrando sus atributos para ganar la pelea. Me aparte y una violenta patada me hizo volar hacia el otro lado de la estancia. El pedregoso rival vino a mi encuentro. Le cogí del brazo y se lo retorcí hasta que un cabezazo en mi nariz hizo que se escapase de mi abrazo. Otra vez a la carga y con su acero que iba cambiando de mano en mano, su boca seguía hablando. Vi por un momento el estado de la estancia estaba claro que por donde pasaba este hombre florecía la destrucción como un jardín en primavera.

-¿Crees que te dará tiempo a terminar la cancioncilla?.-dijo con una sonrisa siniestra.

No hay amor sin pena,

pena sin dolor.

Volaba ya ese insecto plateado hacia mi cuando pare su mano y el cuchillo salio volando. Perdida la posición otro ataque en forma de puño intentando superar mi defensa. Le regale una patada en la espinilla y se aturullo de tal forma que su cuerpo se negó a seguir en pie. Su sorpresa no seria tan mayor como la mía al verme sin saber como encima de insoportable sacudiéndole una tunda de puñetazos. La rabia rezumaba en

mi como un puchero en la lumbre.

Ni dolor tan agudo,

como el del amor.

Entonces sin saber de donde vino una quemazón atravesó mi pecho. Un dolor inmenso y en mi rostro el de aquel que sabe que la muerte ha entrado en tu casa sin ser invitada. Mire con un gesto de incomprensión a Garriga que exhibía una sonrisa triunfal y agotada tras una máscara roja que bajaba en cascada por su cara. Me arrastre hasta un rincón de la estancia y me acurruque en un rincón. Sentí como la tapa metálica que guardaba mi vida era descerrajada violentamente agrandando el hueco por el que no solo mi aliento se escapa sino también manaba abundante carmín líquido.

Mis oídos apenas lograban oír quizás un hasta luego o hasta siempre. Me pareció que una sombra desaparecía del lugar. Mis ojos se cerraban a la vez que mi cabeza se caía. Era extraño que con la ventana rota no entrase el aire en este sitio. Me pregunte donde estaban las luces. La noche mas oscura que recordaba había llegado...

Ni dolor tan agudo,

como el del amor.

Continuara...

*Bonjour de Marseille! Es una canción del siglo XVI que viene

supuestamente de Santander, España

Capitulo 16 "Posada traicionera"

A pesar de mi misero devenir hay algo que la providencia no me ha negado. Se manejarne muy bien en las distancias cortas y no me refiero a los lances, bueno si pero de aquellos que no dejan dolor en las costillas y sangre en tu boca pero si exprimidos los riñones. Las mujeres, benditas malditas. Gracias a mis manejos varias mozas de posada me regalan su jergón para endulzar sus mezquinas vidas de sudor, insultos y abusos. Les doy un amor que aun sabiendo que no es verdadero paladean con fruición. Tras el desagradable rescate por parte de mi odiado compañero intente limpiar mi mente de tan triste experiencia pensando en los placenteros momentos que me esperaban. A veces la vida tiene efimeros momentos de dulce miel. Entre en el cochambroso lugar lleno de vidas perdidas en el mar de la existencia. Desilusionados muñecos sin alma rascando un segundo de falso triunfo e imposibles de rescatar de su destino. Ya fuese magreando a la resignada posadera o intentando salir de este agujero con truculentos negocios de dudosa valía. Ines que así se llamaba una de mis incondicionales se giro y me regalo una sonrisa tierna y picara.

Aquel gesto aparentemente insignificante era como una joya en un basurero, hermoso y fuera de lugar en aquel sitio. Suavemente me susurro al oído el lugar de nuestro escaqueo. Después me aleje para llegar a la habitación donde se consumaria nuestra cita. No si antes de advertirme que quizás tardase un poco ya que el trabajo aquella noche era bastante. No me importo tan solo quería descansar hasta que fuese el momento del misteriosos encuentro. Subí y me eche en el cómodo jergón. Apenas pasaron unos minutos o me lo pareció a mi cuando oí un suave chirriar me incorpore para ver a mi posadera llegar pero para mi sorpresa un silbido y un brisa de aire rozo mi cara. Un puñal traicionero había estado a punto de abrimme la sesera. Me tire al suelo y gire sobre mi mismo para no ser un blanco fácil y de un brinco me puse en pie y en guardia con la mano en mi espada. No era este el recibimiento que esperaba.

Un hombre se acercaba a mi con la cara destrozada y con su acero en la mano.

Mas cerca pude ver quien era.

-¡Cara de piedra!.-musite sorprendido.

No pensé que mi primer ataque seria verbal. Ahí estaba el tipo al cual apedree en la cara hacia poco. El mismo que ataco al desconocido con los otros rufianes y que gracias a mi salio ileso.

-Para ti escoria, soy Garriga. Tan embelesado estabas que he podido seguir tu rastro desde la posada de ese pécora amiga tuya.

Maldita sea parecía un aprendiz debía haberme dado cuenta y vigilar mi espalda.

-El cardenal gris se alegrara de tu fin.

-¿El cardenal gris? No tengo nada que ver con el cardenal.-dije en voz alta.

-Has estado encubriendo a un espía...-de pronto se puso lívido al ver como su boca traicionaba su secreto.-Ahora tendré que matarte.-dijo mientras sacaba su acero para ensartarme.

Supongo que la intención de darme la puntilla era la misma aunque no hubiese abierto la boca. Por suerte este inepto me daba información con la que alumbrar en la reunión de esta noche. Quizás esto me diese mas pistas sobre el tipo que había salvado y los intereses oscuros hacia mi persona por varios jerifaltes. Pero tenia una cuenta pendiente con Garriga Caradepiedra y era el momento de que hablasen los aceros. Era hora de vengar a Dumas y descubrir lo que planeaba el cardenal. Pero todo

dependia acabar con este fanteoche desfigurado.

Continuara...

Capitulo 15 "Desagradable salvación"

Vi aquel súcubo emergiendo del mismo orco apoyando sus manos para impulsarse hacia fuera mientras arrastraba su pesada carga para salir de su atoramiento.

-¿Que hacer? ¿que hacer?- ese era mi pensamiento mientras el reloj vital desgranaba el tiempo. Me acerque hacia la ventana tome impulso clave mi espada, ore todo lo que no sabia y con la energía que me daba la supervivencia quede en el aire amarrado a mi mástil metálico mientras dejaba caer con una fuerte inercia mis piernas sobre la cara de mi inmenso enemigo. Golpeaba su cara, su cabeza y todo lo que asomaba una y otra vez, hasta que mis hinchados pies doloridos por la extrema acción se negaron a seguir. Por un momento la sensacion de victoria quedo prendida en el aire al ver que aquello dejaba de moverse. Pero ladina y necia es la ventura. Una mano de cinco muertes me agarro del tobillo y atrayéndome hacia su cubil iba arrastrándome. Creo que grite mas que una parturienta y llore mas que un recién nacido. Pero no note algodones ni caricias en esto. Arranque mi espada de su sitio y lance golpes y mas golpes contra aquel castillo semi humano.

iClong! iClong! iClong!

Pero nada solo un repetido golpeteo metálico avisaba de que allí existía una encarnizada lucha por la vida. Quedaba claro quien era la presa y quien el depredador.

Un olor nauseabundo empezó acariciar mis delicados sentidos. Pensé que en los últimos momentos que me quedaban mi cuerpo manifestaba su estado. Como en muchas batallas, valientes y cobardes en su óbito las

calzas se teñían de deposiciones y heces. Pero no era así, el maldito bocanegra abrió sus fauces como un dragón herido y expelía aquel hedor.

-¡Cogeme la mano!

Bueno, no está mal. Al menos no moriré solo. Siempre es agradable tener una bella mujer como compañera de penitencia.-pense al oír la voz de Honor.

-Toma, al menos moriremos juntos.-le decía mientras ponía mi cara más dulce y agradable como un mozuelo ante su desvirgamiento.

-¡Estúpido baladrón y badajuelo! Dame tu... !!!!Ahhhh....

Ante aquel veneno dialéctico le di la mano en el último momento. Un segundo más y tendría una compañía más contundente.

Un enorme tirón me arrancó de los brazos de mi antagonista que veía como se empequeñecía y se alejaba de mi vista a la vez que un enorme estruendo acaecía.

Honor agarrada a la reja con una mano y con la otra se llevó mi despojo.

Desperté de mi ensimismado estado cuando oí una voz pomposa, engolada, hueca y pedante y me imagine quien sería su emisor. Tan fino, distinguido y refinado como una menina.

-¡Cielo santo, Honorine! Ha estado tan cerca que no sabría cómo vivir si te hubiese sucedido algo. Debió reparar en mí por el desagradado tono de su

voz al emitir las siguientes palabras.

-Veo que llevas a tus mascota de paseo.

Un molesto gruñido interrumpió nuestro duelo bocal. Aquel bruto apenas cabía por el hueco de la ventana pero solo era cuestión de tiempo que saliese. Saco su espada y la emprendió contra la pared que poco a poco iba cediendo ante las inusitadas emprendidas de su dueño.

-Perdone que haya olvidado su nombre, caballero.-me dijo con su hueca voz.-Pero creo que dadas las circunstancias tres en un caballo serian demasiados para huir. Si no le importa la dama y yo adelantamos camino. Y vos solo, seguro que ira mas ligero sin carga y con la rapidez que le dan sus dos pies.

Esta noche tengo una cita con vos en el puerto. A las 12 en la posada de San Martín.

Mientras se alejaba pero no de mi vida me acordaba de su nombre. Como no olvidar a Luis Fernández de Herrera, una espina en mi vida que con el tiempo creo que se había vuelto estaca.

Otro gruñido desprendió mi odio. Me gire y grite:

-¿Que quieres detestable animal? Sal y lucha y si no me marchó. Todos me tenéis hartos.

Mientras ponía los pies en polvorosa me mire la mano y me pareció ver que la linea de la vida era mas corta. Garriga, Cancerbero y quien diablos mas estaban centrados en mi persona. Y una sensacion de hollín y polvo

reseco mi garganta.

Era el presagio de que esto solo era el principio de la partida. Esta noche tenia una reunión con don Luis que pese a no tenerle en ninguna estima sabia moverse en el estanque donde nadaban la realeza, nobles, políticos y aduladores que vivían al albur de quienes lisonjeaban. Por desgracia yo no era ese tipo de pez. Mi mundo eran las charcas y las ciénagas, lugares donde todos nos conocemos y nos vemos venir. Donde nadie tenia una lengua de acero tejida con adulaciones y halagos que acaban dentro de tus entrañas en forma de faca.

Decidí retirarme a descansar esperando que llegase el anochecer y deseando que lo que iba acontecer no minase mi subsistencia. El día se tornaba oscuro como mi futuro.

Continuara...

Capitulo 14 " Atrapados"

Aun no había perdido en mi oído el eco de tan cariñosa mención hacia mi persona, cuando un trueno con forma de espada y lluvia de astillas empezó a desbrozar la puerta.

Ensimismado miraba a mi alrededor buscando una salida en esa ratonera.

Mientras intentaba poner en orden mis pensamientos y aclarar lo sucedido hace unos segundos.

-Rápido a la cocina.-esa voz me descubrió que teníamos una oportunidad.

Como un gato mojado salte por encima de la barra de madera a la vez que el filo en mi espalda rozaba por muy poco y el frío aire de la muerte anunciaba que me tenia en su lista. Tan fuerte era el afán de nuestra nemesis que el instrumento de su venganza quedo atrapado en el madero

complice de tragos y confidencias. Mientras veía como aquel titán del infierno luchaba contra los elementos. Entramos en la cocina y atrancamos la puerta de la forma más rudimentaria. El tiempo de nuestra existencia se agotaba.

La realidad volvía a mí.

-El Berligou...-decía la posadera.

Mientras, la miraba como si fuera una aparición que hablase en un idioma arcano. Una enorme bofetada en mi rostro me volvió al presente.

-Al fondo tenemos un barril de Berligou.

-¿Berligou? Una botella de ese vino vale más que este antro. ¿Quién sería tan loco para venir a tomar ese delicado caldo digno de reyes y nobles?

Unos ojos encendidos me miraban y cerré los ojos esperando que llegase a mi cara otra ración de mano. Duda si era mejor estar con ella o con el guerrero ya que ambos parecían desear mi muerte. Pero nada sucedió.

-Es falso. Es una salida que prepare para casos como estos. Nadie pide eso aquí.

-Pues demonios prisa. Ese de afuera no creo que espere mucho más.

Como si nos fuese la vida en ello nos dirigimos hacia nuestra salvación. Al fondo de la bodega y olvidado entre varios toneles de dudosa reputación y

culpables de achispadas chanzas y zarandas descansaba nuestra salida.

Honorine se llama perdonen si hasta ahora no he recordado su nombre pero tantas emociones me resultan fatales para mi memoria. Aunque todos la conocen como Honor.

Honor deslizo la tapa del tonel y nos introducimos en el. Aquello me pareció como un segundo nacimiento o primera muerte. Un túnel oscuro con una luz al fondo. Mientras cerraba la tapa un gran estruendo anuncio que nuestro perseguidor había entrado. Era cuestión de segundos que descubriese nuestra treta. Como pequeños roedores íbamos avanzando frenéticamente hacia la salida.

-Hacia la luz. Ves hacia la luz...

Apenas llevamos la mitad del recorrido cuando la tapa del barril fue tronchada como un pato a la hoguera.

-Corre, corre...

La bestia difícilmente entraba por el agujero pero con gran esfuerzo se introdujo.

El chirriar de su cuerpo rozando con las paredes del túnel nos destrozaba los oídos.

Agotados llegamos a una pequeña estancia con un ventana enrejada.

Honor se echo la mano al cuello y empezó a desabrocharse. Aunque sorprendido por su acción empecé a solazarme con la posibilidad de que

su libido se hubiese encendido con la tensión del momento. Por desgracia me miro con los ojos bien abiertos y con cara de sorpresa. Pensé que estaba leyendo mis pensamientos y que otra vez mi cara seria de nuevo asaltada por sus manos.

-¿La llave...?.-dijo sorprendida y asustada

-La llave. ¿Que llave?

-La llave que tenia en mi cuello. Abría la reja. Era nuestra única escapatoria. Debió caerse en algún momento de la huida.

Por instinto mire al túnel y vi ya quedaba poco para que Cancerbero saliese a nuestro encuentro. Si la llave estaba en el túnel ya era tarde. Estábamos atrapados.

De pronto el chirrido ceso.

Continuara...

Capitulo 13 "Cancerbero"

A pesar de los años transcurridos en mi mente permanece clara y fresca el devenir de ese día. Huelga decir que tras ese primer encuentro la vida nos ha ido cruzando como si los caminos por misterios del destino nos hicieran coincidir en extrañas circunstancias. Aunque los resultados han sido desiguales por ambas partes aun persiste en mi memoria aquella primera vez. Quizás también alimentada por el mito y la leyenda cuando conoces a alguien del cual has oído hablar centenares de veces su persona se magnifica. Yo siempre pensé que era un mito, habladuría de viejas. Un cuento para niños engrandecido por el populacho inculto y deseoso de tener un tema recurrente para olvidar su efímera vida. De esas patrañas

aupadas al status de mito. Pero por desgracia algo de verdad descubrí en ello cuando vi un ser alto y grande. Con aquella ropas de templario y capa de hospitalario. Lo impactante y verdaderamente inquietante era su rostro. Bueno lo que quedaba visible tras un yelmo viejo y oxidado. Unos ojos fijos embebidos de locura los cuales hacia décadas que sus párpados habían sido extirpados de su lugar original. Y esa sonrisa permanente y babeante alojada en la demencia. Nunca supe y quizás nadie si era un hombre o una mujer, un tullido o un loco por capricho del destino. Unos decían que era hijo de un noble, otros un bastardo real... Pero, ¿realmente importa?. Su mente quedo trabada en una etapa de infante, reconociendo palabras y ordenes muy precisas como un mono de circo. Naturalmente todo esto se piensa en un estado de libre albedrío y cuando tu vida no se ve amenazada. Porque en el mismo instante que vi a ese ser mitológico renacido del mismo Hades pensé en salir corriendo, pero el problema era hacia donde, estábamos en una ratonera. Entonces vi a Dumas haciéndome señas para que me retirase y me chillaba una palabra que oía y no escuchaba. Mi mente recibio un sonido vacío de significado como si el contenido se despojase del envoltorio al salir de su boca. Aun lamento ese instante que signifique y lo digo sin vaguedades ni petulancias la muerte de mi amado y también infravalorado amigo. Eso sirvió para que mi mente reaccionase y comprendiese el mensaje. Aunque huelga decir que una vez entendió mi cerebro no hallo la solución al enigma.

-Gaston... Gaston...

Terminada la vida de Dumas, Cancerbero, sin mostrar el menor sentimiento paseaba su temible espada de diestro a siniestro del local a la par que su mirada. Otros rufianes paladean ese momento de dar matarile a su enemigo. Y después se jactan de ella como un merito. Pero este no hacia lo mismo, no mostró nada de dolor o placer, simplemente era una orden. Lo mismo alcanzaba cabezas, columnas y todo lo que se cruzase por su trayectoria que se hubiese tirado por la ventana si se lo hubieran ordenado. Lo que hacia tan temible su arma no solo era su tamaño adecuada a su corpulencia sino que dicha arma era una espada de dos filos. Me explico y sus señorías me entenderán mejor. Tenia una hoja insertada dentro de otra como si fuese una cruz. ¿Un recuerdo de su pasado? ¿Un ángel vengador?. No lo se, ciego de ira, justicia, venganza o como quieran llamarlo me lance a pecho descubierto contra aquel Goliath. Cuan estúpido fui. En un instante me vi tirado en el suelo con dolor por todo el cuerpo y preguntándome que es lo que ha pasado. Tan solo vi una cruz que me acompañaría de por vida. Bueno, si vivía para contarlo. Una vez muerto, seguro y no seria la cruz de mi tumba. Mire sus ojos glaucos y vacíos. Insensibles a todo. Padre nuestro que estas en los cielos... y de pronto oi esa voz sucia y encantadora.

-Maldito cabrón, lleva una cota de malla.

La mujer mas maravillosa y malhablada de lugar acaba de meterle un palmo de acero en sus riñones. Vacua labor pero justa para distraer su atención y huir por peteneras. Huir adonde, me pregunte yo. Ese muro de carne y acero no nos iba a facilitar las cosas y después si saliésemos tendríamos a unos encantadores enemigos con ganas de abrazarnos con sus esposas y cadenas. Cuando la bella maleducada me contesto.

-¿Acaso crees que en este tugurio no tengo vía de escape, ababol?

Continuara...

Capitulo 12 " Nubarrones"

Separando rostros y cuerpos mientras oía aquel hermoso sonido. Aquel timbre que durante mucho tiempo sereno mi cuerpo y mi mente en horas de incertidumbre y desasosiego. No pude que menos que abrazar aquel hombre sencillo, menudo y directo. Con su sencillo e inconfundible ceceo que le confería una empatia y cercanía que desarmaba a cualquier ser de limpia conciencia. Parecía que todo yo sufría una regresión a mis años de mancebo idealista e inconsciente. Por desgracia después de la emoción del encuentro, la descarnada personalidad de la realidad me volvió a lo que soy. Y lo note en su mirada de reproche como si volviese el hijo prodigo y luego se arrepintiese de su retorno al hogar. Dolido empecé a escupir las estocadas que no puede parar ni la mejor defensa del mundo.

- Ese asunto, siempre es ese asunto. Veo que tus amos te ceban bien y te colman de bellos disfraces y plateadas hojalatas. Recuerdo su uso.

-Yo no fui el que estaba en el momento y lugar equivocado.-dijo Dumas.

-No, pero quizás ayudaste a ello. Yo no tengo un criado bello pero si me limpio yo solo siempre después de expulsar los restos de la pitanza.

Asqueado le di la espalda. En un momento pase de la sorpresa, a la emoción. De la emoción a la alegría y finalmente al asqueo y al hartazgo. Demasiadas sensaciones en un instante.

-Solo te buscaba para avisarte.

Me volví iracundo.

-¿De que me tienes que avisar? Vuelve a tu jaula de oro de la que no tenias que haber salido.

-Cuida tu espaldas. Te buscan. No se porque pero has molestado a alguien muy poderoso. Quería encontrarte antes que lo hicieran los otros.

-Pero que tamaña tontería es esa. ¿De donde has sacado tal invención? ¿Acaso el vino de la corte...

No pude acabar la frase. Las ventanas estallaron en mil pedazos y escupieron mordidas saetas en todas direcciones. El lugar se lleno de gritos. Cuerpos heridos y muertos en doquier atravesados con letales maderas. Apenas nos sobrepusimos cuando una segunda andanada hizo su entrada sin educacion, aviso o cortesía. El que hace unos instantes era mi rival en justo duelo aparecía medio incorporado con un recado que entraba por su cuello y salia por el otro. Me miraba con los ojos en el otro mundo. Agarro con fuerza mi mano como si yo pudiese insuflarle vida. Como si la vida que se le escapaba la pudiera guardar en mi mano. Por desgracia mi energía fue en vano y vi mientras caía al suelo no apartaba su vidriosa vista de mi.

Mientras nos alejábamos de los mortales boquetes y nos resguardabamos. Vi un rostro conocido. Su cara dañada parecía haber recibido un fuerte golpe. Era el hombre al que golpee con la piedra y abortado el robo del comerciante.

Dumas asombrado me grito:

-¿En que lío te has metido?¿Son los hombres del Cardenal Gris? Esto empeora por momentos

Dumas se parapeto tras la puerta y intento conversar con los sitiadores.

-Garriga, ¿que se les ha perdido a ti y a los tuyos en este antro?

El desalmado de la cara dañada que respondía al nombre de Garriga no dudo en contestar.

-Dumas, Dumas, Dumas. Supongo que esto no tiene nada ver contigo. Sal con tus aprendices. Esto es algo entre un holgazán que ha molestado a los mios. Nada mas.

-¿Demasiados hombres para un ocioso? ¿Tanto miedo hay que tenerle a ese holgazán?

-No es asunto tuyo. Abandonar el lugar.

-¿Y si no queremos?

-Entraremos a sangre y fuego. Y te aseguro que la palabra piedad no esta en mi vocabulario.

-Sea pues. No tememos a ningún perro del cardenal.

Garriga apretó las manos lleno de furia y dijo las palabras que mas le gustaban.

-Así los has querido.iiQue entre Cancerbero!!!

Capitulo 11 "Un vino, una victoria"

Y de nuevo llego ese momento. El momento donde los músculos se tensan, el cerebro se despeja y los sentidos se agudizan. Mal lugar y mal momento. Los duelos en sitios cerrados son lo peor y lo mas horrible que existe. No solo esta el problema que tienes enfrente sino también la cantidad de obstáculos que tienes que evitar para no ser un blanco fácil para tu adversario. Aquí banquetas, allá mesas y entre medio gente que no sabe donde resguardarse por lo imprevisto del duelo. Sirva como entrante dos raciones de muñeca que me regalo, dandome a entender que aquello no era un entrenamiento. Repelí su ataque y alzamos las espada en alto continuando el lance. Nuestras espadas quedaran atascadas. Lo siguiente que recuerdo fue un enorme empujón y ver el lugar desde otra perspectiva. Así, ahora era mas alto que yo. Intente levantarme mientras el soltaba una perorata. Vaya, parecía que tenia competencia verbal con este individuo. Todo era un bla, bla, bla. Pero fue muy caballeroso dejarme levantarme y reanudar mi ataque con una andanada de coléricas dentelladas, pero mi contrario no se mostraba muy afectado por mi rabia. Desbrozaba mis asaltos de la manera mas humillante e incluso cuando le apetecía tomaba la iniciativa. Era indignante no existía manera de entrar en su circulo de defensa. Pero huelga decir que era bueno, muy bueno. Aun así tenia un problema. Era demasiado honesto y honorable. Por desgracia en la escuela de la vida tuvimos distintos maestros. Muchos y buenos soldados por ser demasiado rectos murieron. Pero sintiéndolo mucho yo no soy de esos. Anduve varios pasos hacia atrás dejando que me acorralase. Por el rabillo del ojo vi mi objetivo. Salí corriendo y a la par que subía a una mesa cogí una jarra de vino. Me lo quede mirando.

-Dame un segundo para tomar aliento. Me estas dejando sin resuello. Hice la opción de beber mientras me miraba absorto y sorprendido. Era la ocasión de oro. Con todas mis fuerzas lance la jarra sobre su cabeza. Tan solo pudo abrir la boca y poner cara de sorpresa cuando recibió el impacto. Cayo con gran estrépito. Alce las manos en señal de triunfo. Otra muesca mas para mi lista. Y sin un rasguño.

-Muy bien, Burrito... Veo que sigues con tus artimañas y tretas no

cambiaras.

-¿Burrito? ¿Burrito? ¿Quién osa llamarme así?

Todo el mundo se me quedo mirando y empezaron a reírse cuando se dieron cuenta que el pasmarote que estaba sobre la mesa obedecía a ese apodo.

Me gire para dar cuenta de quien había se sido el temerario. Quien seria tan inconsciente de lanzar ese mote al aire para ridiculizarme y poner en tela de juicio mi tan labrada reputación.

Empecé a apartar la gente de donde provenía la voz. Me acerque a la entrada y al final alguien me dijo:

-Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

-Du...Dumas?.-apenas acerté a decir.

Continuara...

Capitulo 10 " Conociendo a Dumas"

Dumas era como un padre para mi o lo mas parecido que tuve para alguien nacido entre el hedor y la miseria, criado por el hambre y la necesidad. Cruel y sanguinario, era su oficio y lo aprendió desde mozo. Otros tenían un corazón grasiento pero el sabia que su deber era salvar y cuidar a los suyos. Siendo la única manera hacer esa transicion de la inocencia a la insensibilidad de la forma mas dura y directa. Volviéndote los cozones de hierro. Mostrando y sufriendo lo mas espantoso y cruel de una contienda. Hiel nos daba para darnos la vida y no sucumbir ante tanta locura.

Todo me evoca esos tiempo de valor, guerra y pólvora. Rezos y orines antes de sajar al enemigo. Tragando saliva y manchandote los pantalones alrededor de gritos y sangre. Camaradas que se fueron demasiado pronto donde reanudaremos chanzas y vinos, risas y putas en la cantina del infierno. A veces veo un cuadro donde gallardos soldados sin miedo a la muerte mirando sin temor al frente. Todos altivos y relajados y me digo que pintor estuvo en una refriega por decirlo suavemente y no una carnicería. Que me ilumine donde se celebran esas luchas de caballeros porque este su seguro servidor solo conoció las calamidades y bajezas de nuestros semejantes cuando lo bajabas al ultimo nivel del ser humano: la supervivencia. Por esto y por mas pienso y digo que Dumas nunca tendría a estos lilas bajo su ala, solo pueden ser traidores. Y en serio digo que mi mano no flaquea, ni tiembla antes estos impostores. Por quien usurpe, ensucie o manche el nombre de su excelentísimo señor Dumas de Manqueda bajara solo o acompañado al mas oscuro de los Avernos.

-Veo que no os gusta este vino. Quizás preferís algo mas fuerte. Tengo una cosecha muy especial para vosotros. Espero que no se os indigeste.- Mientras decía esto mi mano saco un fuerte caldo de buen metal.

Mientras mi amada sacerdotisa de Baco empezó arremeter contra mi.

-No, no, no. No.. lo... hagas. Es mi negocio.

Y sin yo esperar lo soltó un fuerte topetazo con la jarra en toda su cabeza. Cayendo como un muñeco el pobre quedando inerte.

-Me debes un vino.- dijo la mesera toda enfada.

-Naah. No me voy a creer que me cobres ese vinagre al que le has dado el mejor uso que podia tener.

Entonces en un instante su inflado pecho se vio suavemente tocado por la punta del acero.

-Ehh!! Maldito necio. Prestame atención esto es entre nosotros. Deja a la señorita en paz.

-Gracias por lo de señorita.-dijo ella ronroneando y mirando con ojos de carnero.

-Bueno, es un decir tan solo es el calenton del momento. Tan poco te lo tomes a mal.

De pronto su rostro sufrió un transformación diabólica e ignorando la hoja que amenazaba su existencia. Se giro malhumorada y se marchó bufando. Mientras su voz indiferente se alejaba con ella.

-Bueno os dejo solos. Asi te las arregles con este amable caballero.

El pobre hombre miro de hito en hito a ambos sintiéndose ignorado y una amenaza tan peligrosa como una mota de polvo. Hasta que su voz dio otra impresión.

-Bueno vayamos a lo nuestro.

Continuara...

Capitulo 9 "Taberna"

El Gato Negro era un tugurio. Si alguien muriese sin visitar este antro puedo asegurar que no se habría perdido nada. Pero tras su humo denso y

sus grasienta barra existía un hogar para esos parroquianos anodinos y ausentes sin un lugar donde ir. Deshechos mezquinos de la vida. Urdiendo fracasados planes para abandonar la última categoría del ser humano. Pero sin embargo. Dentro de este grupo de pillos, truhanes y desarrapados me siento a gusto. Estoy con los míos. Todos defendemos nuestro anonimato y nadie quiere saber de su vecino si no existe un interés por medio o más claramente dinero. Sin ese lenguaje universal en este microuniverso no existes y eso es una gran ventaja. Huelga decir que había un par de razones por las que era un asiduo de este comercio y no de otros. La tabernera cuyo nombre siempre olvidaba incluso en nuestros escarceos y encuentros más fogosos donde me ofrecía una comida bastante decente. Aunque yo siempre lo ponía en duda cuando entraba por la puerta para irritar a la mesonera.

-Ponme un buen trago y no esa agua oscura que sueles vender como vino a tus clientes.

A lo que la viperina lengua soltaba por esa boca tales fruslerías que yo mismo tomaba nota.

-Vaya, tenemos un señor entre nosotros. Veo que su actividad mercantil le permite conocer el brillo del dinero y el rostro de nuestro amado monarca en sus monedas.

Hubiéramos seguido nuestra animada conversación sino fuera porque dos tipos entraron por la puerta. Nada extraño ya que según creo tanto las puertas como los establecimientos nacieron para ello. Pero dos soldados del rey no es lo que uno está acostumbrado a ver todos los días en lugares de esta clase.

-¿Amigos tuyos?-pregunte absorto, a lo que rápidamente volví a mis chasquarrillos. Tenía que mantener una reputación.-Este sitio ha perdido calidad. Fíjate ahora dejan entrar a cualquiera.

-¿Es una afirmación o una confesión?-dijo la lozana mesera.

-Ambas. Este sitio tiene mucho de ti. Cuando entraba era divertido ahora es como una plaza pública en un día de mercado, entra cualquiera.

Una sonora bofetada femenina se estrelló en mi cara.

-Touche.-acerté a decir.

Los dos tipos se me acercaron. Muy seguros de sí mismos. Una actitud que debía ser un mal endémico de estos días ya que últimamente se me hacía muy familiar.

Una de aquellas bocas pagadas y narcisistas trono al lado de mi oreja.

-Los señores Portos y Aramis le invitan a un vino.

-Vaya, mirales parecen nombres sacados de un folletín de un pésimo escritor. Que les hace pensar que quiero compartir mi exquisita presencia con unos vulgares llevaespadas.

Sin apenas contenerme tire un vino delante de ellos.

-Espero que sepáis usar eso que lleváis colgando de vuestra cintura, pavos reales. Naturalmente me refiero al acero. Si pensaban otra cosa, no deseo saberlo. Aunque la respuesta es hartamente evidente.

En un periquete sacaron sus armas y uno de ellos acertó a hablar.

-Creo que mientras esperamos a Dumas podemos ir calentando los brazos.

-Dumas? Has dicho Dumas?

continuará...

Capítulo 8 "Día gris"

Mientras me dirigía ufano a la mejor taberna de los pordioseros. En otro punto de la ciudad el destino entretejía con afán su particular tapiz. Tapiz en el cual yo era una importante pieza a pesar de mi ignorancia de su protagonismo en el particular brete que iba creciendo. Mas concretamente en el barrio llamado Hospitalario. Allí la zona más religiosa de la ciudad está el palacio episcopal donde vive un siniestro personaje. Temor y azote del clero. El enigmático y misterioso Cardenal Gris siempre lleva una máscara, mejor dicho tiene una colección de máscaras. Su identidad es un enigma. Además de porque esconde su rostro. Unos dicen que tiene el rostro destrozado, otros por su seguridad ya que oculta un secreto de su pasado. Se rumorea que quienes llegaron a saber su nombre no vivieron mucho. Entre sus extrañas aficiones se encuentra es la de guardar las caras de sus enemigos y disecarlas para digamos su sala especial. Mientras tanto un hombre cansado y exhausto llega a la puerta de la residencia. Dando enormes golpes como clamando su presencia. De

repente una pequeña mirilla se abre y dos ojos escudriñan al penitente.

-Alea Jacta Est.-dijo el hombre

-Caesar.-respondió el dueño de los ojos al otro lado.

El hombre abrió el portón y dio paso al recién llegado mientras decía:

-En el jardín os espera. Como siempre en su tienda.

El informado a grandes pasos se acerca al patio interior del edificio. Una enorme tienda esta instalada para seguridad del religioso. Entro dubitativo al ver los enormes guardas que flanqueaban la instalación. Pero su intento fue vano cuando uno de ellos lo paro en seco. Mientras el otro entraba en la tienda e informa al morador.

-Su espía le espera, Excelencia

-Que entre.-dijo el cardenal impertérrito

-Si, Excelencia.

Mientras el cardenal cerraba un armario con varias mascararas el espía hablo:

-Buenos días, Cardenal. ¿Cómo dejáis que entre vuestra guardia sin mas? ¿no

teme que os descubran vuestro rostro?

- No hay problema, son ciegos. La verdad si fuese necesario serian

mudos y sordos pero serian malos defensores de mi persona. Me gusta tu disfraz de comerciante. Pero no seáis tímido, contadme.

-Ciegos???

- Si queréis medir vuestro acero con ellos, no hay ningún problema.

- No, no dudo de su eficacia.

-¿ no creo que hayas venido a hablar de mi seguridad?

-Lo siento excelencia. Fue un desastre. Nuestra trampa preparada meticulosamente no funciono. Un extraño desbarato todo y no pudimos conseguir nuestro objetivo. No se quien era, un vagabundo o un soldado

sin fortuna. Luchaba bien y tenía arrestos. Bribón y muy hablador.

-Mmm... Pienso en alguien que se ajusta a esa descripción y si es así puede ser un problema. Deshaceos de esa disfraz de comerciante y descansad, tengo que pensar una nueva estratagema con ese factor. En breve os haré llamar para solucionar este asunto.

-Pero señor... era solo un vagabundo, era...

-Callad, insensato. Ese hombre no es un cualquiera, es como una piedra en un zapato. Pequeño pero muy molesto. Dejadme solo, maldito necio.

-Si, Excelencia.

Mientras marchaba por un instante me pareció ver algo parecido al temor en sus ojos. Pero al momento descarté esa posibilidad. El cardenal no conocía esa sensación.

Continuara...

Capitulo 7 "Justo pago"

Con paso tranquilo tome aire. Respire y vi que la estatua de sal seguía en el mismo sitio que la había dejado tiritando. Paladee el aire. Notaba que seguía en pie y mis pulmones tomaban el néctar de la vida. Me acerque al inamovible. Ahí estaba el principio y el final. El alfa y el omega de toda esta situación. Desde un principio expuse mis razones mientras olía el peso de sus monedas. Esas monedas que esperaban caer en mi bolsa.

-Gracias por su arrojo.-dijo el tipo.

-Perdón, caballero. Yo, con la gracias no como.

-¿Como dice?.-contesto insinuando ira en su colorado rostro.

-Espero una gratificación. He puesto mi espada y mi vida a su servicio para salvar su pescuezo y vengo a recibir el justo pago. O prefiere que me pase al otro bando y le deje la bolsa tan limpia como su "honestidad".

Cuando ya daba todo por hecho el tipo tuvo un acceso de valentía y decidió marcarse un farol.

-No he reclamado, ni he pedido su ayuda. Y siempre he pensado que lo hacia por un animo desinteresado y altruista. Al menos denotaba que sus principios es ayudar a sus semejantes como buen samaritano. Puede llamar a los corchetes y decir que me están robando.¿ Quien perdería mas?. Un acaudalado y noble comerciante sin tacha a los ojos de todos o un rufian desarrapado que acabara con sus huesos en algún siniestro calabozo.

Naturalmente el no sabia que yo en esta partida tenia todos los triunfos. Asi que su gallarda estratagema duro un suspiro.

- Seguramente antes de que lograrse abrir la boca una certera incisión le cerraría los ojos para siempre. Soy hombre de mundo y he vivido mucho. Tengo un olfato muy fino y huelo cuando un hombre esta metido en algo turbio.Una persona de vuestra clase no se pierde ni se deja caer por estos lugares como por casualidad, estoy seguro de que algún tipo de oscuros negocios le ha llevado hasta aquí. Seria fácil dar cuenta a la autoridad competente de sus manejos e intrigas. Y ahora tiene dos opciones dar justo reconocimiento a mi desinteresada aportación para que sus planes no se vean desbaratados o irse con la bolsa tan limpia que agradecerá quitarle tan pesada carga.

El tipo de mala manera saco su generosa bolsa y arañó unas brillantes monedas que rápidamente cambiaron de portador.

-Maldito tramposo,

-Gracias es todo un caballero. No vuelva por aquí. Bueno, si quiere que volvamos a tener una asociación comercial ya sabe donde encontrarme.

Estúpido comerciante. Quien osaría venir con su perfumado cuerpo a esta cloaca sino hubiera oscuros intereses por medio. En fin, extraño mundo este. Creo que me he ganado trasegarme un trago en la "mejor" posada de la ciudad.

Continuara...

Capitulo 6 "A por todas"

El infeliz ya me veía con la puntilla puesta, arrastrado y afeitado. Pensó que tenia acabada la faena y que cortaría orejas y rabos. Pero mala perra

es la fortuna. Porque baje la vista y aquella estocada había pasado entre mi brazo y mi cuerpo. Tan solo fue un rasguño, doloroso, si pero rasguño. Viendo la cara de sorpresa, advertí que era el momento. Cogí la piedra y le di con toda mi rabia en su carota. Echándose hacia atrás su magro cuerpo, algunos dientes perdidos sin dueño saltaron en dirección contraria acompañados de una espesa marea roja. Pensé en que no debería obviar una desinteresada visita a alguna santo lugar para dar las gracias si salía de este brete. Pero aun no estaba el duelo acabado y la bestia de rostro tumefacto y cara sanguinolenta. Reanudo el combate como si lo llevaran mil demonios. Un espiral arrollador de letales zarpazos fueron hacia mi, haciendome perder la compostura y retrasando mi posición. De pronto para mi sorpresa quedo parado y empezó andar de espaldas alejándose unos metros de mi. Quedando yo como un pasmarote y mirándome, no pudo que menos echarse una feliz sonrisa. La cual quedo desdibujada a causa de los daños sufridos en su faz. Echose la mano a la espalda y con una rapidez inusitada saco un pistolon que me miraba de forma amenazante.

-Ya ves no eres el único que tiene trucos en la manga.- digo triunfante.

Sentí que la saliva no pasaba por mi garganta y un sudor frío envolvía mi cuerpo. Y de pronto ocurrió. Esos milagros del destino. Ese juego magistral que da lugar a la genialidad o quizás al instinto de supervivencia. La jugada de Dios. En ese estado entre la vida o la muerte. Tire mi espada con toda la furia de un poseso perdido viéndose en la puertas de Infierno. Y ella como salvadora de muchas de mis vidas, como un ser con entidad propia anido dentro de la fogosa arma a la vez que el pistolero accionaba el gatillo. El arma exploto en sus propias narices a la vez que mi amiga volvía a mis brazos como añorando mi cálida mano. Mire al desahucidado caído. Aturdido en su cerebro intentaba poner orden y componer el rompecabezas que ahora sacudía su mente. No lograba entender que había pasado. Porque era el perdedor y yo me erigía como si fue el campeón inmaculado de una tarde en un circo romano. Lo ignore, para mi era parte del pasado. Ahora tenia otro asunto pendiente, un asunto que permanecia encogido y temeroso. Era la hora de recibir mi premio.

Continuara...

Capitulo 5 " Perder para ganar"

Sirva como aperitivo la sonrisa osezna que alumbraba su feo rostro. Dandome a entender a las claras que no me lo iba a poner fácil. Nada, nada fácil. Como vuestas mercedes saben en el amor y en la guerra todo

vale. Y en mi caso no suelo ser un jugador limpio. No es tarea baladí cuando tu vida va en ello. Tome la decisión de ir a por mi capa. Mejor hubiera sido poner los pies en polvorosa, pero sería retrasar lo inevitable. El mastodonte tuvo la bondad de indicarme que aquello no serviría de nada que de trampas y trucos estaba ya resarcido. El infeliz trago el cebo. En el momento que oía su perorata y me agachaba para recoger mi capa, tome una piedra de singular tamaño que hacia largo rato había visto y la escondí en mi cinto. Deje la capa en el suelo y me volví, advirtiéndole que era una tipo sagaz y que tenia razón. Los engaños para el eran absurdos, no así como para los patanes que le habían flanqueado y que yacían en el suelo con su justo recibo.

Tu tomabas muchas gachas de niño, ¿verdad, rufián?.-dije para distraer su atención.

No, tomaba niños y ahora hombres.-dijo con su voz cavernosa.

Nos miramos frente a frente y de mil maneras nos medimos para saber cual era nuestros puntos débiles. Sin previo aviso un silbido cruzo el aire. Por suerte mi instinto curtido en mil lances salto como un resorte deteniendo el envite. Detrás de cual vinieron otros tantos. Y ambos nos dimos cuenta que nuestra experiencia era muy igualada. Dos perros viejos nos habíamos cruzado en el mismo camino. El cantarín tedioso siguió sin que se decantase por ninguna parte. Hasta que sin saber de donde vino, mal rayo me parta cada que vez que lo recuerdo. Un caliente dolor se pronuncio en mi costado y en se momento vi el largo dedo de la muerte

Continuara...

Capitulo 4 " Tres menos dos"

Buaaahh.- Permitid que bosteze porque esta parte me da sopor fue tan insípida la lucha con los dos primeros legos que no puedo que menos que aburrirme con su explicacion. Seguro que los bastardos que engendraron estos inútiles son mejores luchadores que ellos, bueno espero que no tanto como yo. No quisiera en un futuro lejano tener que plantarles cara y se aprovechasen de mis carnes arrugadas, mis músculos fofos y esa barriga auspiciada en tabernas y fondas de extinguida fama. Pero vayamos al asunto. Como os decia el tipo choco su espada con la mía. Eche hacia atras para dejar espacio entre los dos. Su acero silbo a la altura de mi pecho pero no sirvió porque se encontró con mis razones. Subí mi arma hacia el cielo y el filo silbo graciosamente sobre su sombrero dejando al aire una cabeza despeluchada por cuatros inservibles pelos que le servían de bien poco. Bailamos de un lado para otro al compás de la

misma música. Tome mi capa y suavemente la fui soltando hasta que el tarugo se avino hacia mi. Seguramente todavía esta pensando como se hizo de noche tan rápido en ese claro día. Paso de largo ignorandome con mi prenda puesta y no menos que ante tal descortesía le obsequie con una sonora patada en sus posaderas que le sirvió para coger mas velocidad y estrellarse de cabeza contra una columna quedando sin sentido.

Después vino el otro y enfilo con dos espadones hacia a mi. Que menos que me puse de rodillas y apoye mis manos sobre la empuñadura de mi espada como orando. Me santigue y el "héroe" se me acerco al punto de darme la puntilla final. Momento que aproveche cuando estaba listo para asignarme un tajo digno de un carnicero y tan estúpido que bajo su guardia. Que menos que darle una dolorosa bienvenida en la rodilla. Acabo desinflándose en el suelo como un globo.

Pero quedaba el tercero y este no era un mentecato como los otros. Hacia rato que lo observaba con el rabillo del ojo. Veía como calentaba su descomunal cuerpo con estiramientos mientras realizaba distintas acrobacias con su acero y se notaba que era un hombre curtido, astuto y peligroso. El cabecilla de negra prenda, tenia la ropa desgastada y sucia. Pero se percibía que habían sido paños y encajes de personaje de alta alcurnia. Arrullado por milicias y castrenses compañías. No menos podía pensar que todos tenemos un mal día. Un mal día que se acorta para siempre. Solo había que saber para quien de los dos seria.

Continuara...

Capitulo 3 "Empezando la leccion"

Habéis visto a tres patos en acción? Pues eso es lo que pensé cuando aquellos aprendices de nada sacaron sus digamos por llamarlo de alguna manera espadas. Melladas y oxidadas. Lo que denotaba que hacia largo tiempo que habían pasado sus momentos de esplendor si algun dia lo tuvieron. Eso no quita que el peligro existía. Por ejemplo de sufrir alguna infección por la herrumbre de sus filos mas que por la destreza de sus dueños.

Naturalmente tengo mis momentos de debilidad y puedo ser un tipo bastante afable e incluso llamesmolo caritativo repartiendo lecciones de mi inagotable saber en el arte de la espada y su manejo. Y en eso me dedique en explicarles, claro esta que entiendo que no era el momento adecuado. Pero soy así. Es una manía que tengo no puedo dejar de hablar mientras descargas fintas y estocadas. Lo que también hace que mis contrarios se desesperen y empiecen a soltar gritos y exabruptos como si les estuvieran desollando en vivo. Arremetió uno de ellos pero mas parecía que salia a la carrera en trompicones intentando ensartar un ser

imaginario.

-Esa guardia, esa guardia. Vigila tu izquierda. No, no. Mal, intenta lo de nuevo.-le comentaba al tipo.

Quería al menos un duelo decente. Tengo una reputación que mantener y quiero que piensen que no me bato con cualquiera. Aun así parecía que el cuerpo iba por un lado y su mano era totalmente independiente de su cerebro.

Apenas me molesto aquel aprendiz. Cuando entro su ayudante dibujando ignotas formas en el aire.

-Esos pies, esos pies. Tiene que ser como si bailaras con una marquesa. Destreza y habilidad. Aunque en tu caso seguro que eras algún pisauvas. Esperemos sacar algo de ti.-le comente mientras agregaba a su ya feo rostro una hermosa muesca carmesí. Desconozco la razón porque lo que no acepto mi obsequio y entrega. Acaso no sabe que todo aprendizaje conlleva sacrificio y dolor.

Continuara...

Capitulo 2 "Entrando en acción"

Me acerque a esos desarrapados. Fue fácil descubrir lo que eran por su maneras altaneras y pagadas de si mismos. Envueltos en sus ropas que denotaban muchos días de tabernas grasientas y noches al raso en deplorables condiciones.

- Buenos días, tengan vuestras mercedes.- dije con toda la educación que mi señor padre me intento inculcar, la cual no fue mucha. A la vez que con una bella floritura hacia una reverencia con mi ajado sombrero.

Uno de ellos bizco como el solo me miraba como intentando adivinar de que antro había salido. Y no le faltaba razón estábamos en un punto del mundo donde nadie se interesaba por los manejos ajenos ya que solían ser a todas luces de fraudulentas intenciones.

- Buenas les de Dios a usted. Pero creo que se ha equivocado de fiesta. Mientras el pobre comerciante me miraba con los ojos tan abiertos como lo de un pichón intentado descifrar a que carta estaba jugando. Casi podía oír su cerebro. Alarmado si yo era un salvador o era otro vaciabolso que entraba en escena compinchado con esos truhanes. No dude en despejar sus dudas en el mismo instante.

-Amigo, para mi seria muy insultante ser desvalijado por esta panda de bujarrones.

Casi acabada mi disertación sobre su situación podía oír correr las espadas de sus fundas. Bello momento donde la sangre se acelera y hace que la vida merezca ser vivida. Claro que solo para el ganador. Aunque creo que a ciencia cierta un día acabare escupiendo sangre, con la mirada vidriosa y un agujero mas en mi castigado cuerpo. Pero hasta que ese día llegue

mi brazo no temblara en dar justa satisfaccion a mi adrenalina.

Continuara...

Capitulo 1 "Primera sangre"

"Soy el que soy, no lo voy a negar... Harto de la vida, de la guerra, del amor y las borracheras. Harto de la hipocresia y la burguesía. Soy como una flor que la vida deshoja y quedo como una bolsa reseca, un pellejo vacio. Sin embargo a partir de ahí sufrí la metamorfosis. Eliminadas las capas de la racional existencia. Me deshice de el disfraz que encorsetaba y tome de la vida todo lo que me daba. Lo que me gustaba y necesitaba. No tengo patrón, ni dueño, ni amo que lleve el rumbo de mi patética deambular por este palacio de miserias. Donde otros ven un problema o un desagravio yo veo una oportunidad de llenar mi bolsa. Sin conciencia, ni moral solo me guió por el capricho de mis sentidos".

- ¡Socorro, socorro! No hay una alma caritativa que me ayude.

Mire a mi alrededor buscando aquella angustiada voz que me saco de mis elaboradas ensoñaciones. Lo cual resultaba absurdo. ¿Quién pedía ayuda en el barrio mas pobre y deprimido de la ciudad? Lugar en el que solo habitaban ladrones, rameras y gente de similar calaña.

De pronto lo vi. Un orondo y vistoso comerciante de lujosas y encajadas sedas. Extraño lugar para un pájaro de esta especie. Permanecía acorralado por tres bribones. Era el momento perfecto para hacer mi buena acción del día y porque no, también de llenar mi deprimida bolsa. Mire a los tres pichones, encaje mi cinto y acicale mis bigotes. Me pareció que era el momento de presentar mis respetos a aquellos ignorantes desalmados. Ante todo hay que hacer una gran entrada para apabullar al respetable y mostrar quien es el dueño del corral y así lo hice...

Continuara...